

Josè María Sánchez B.

Cuentos de

**Bocas
del
Toro**

1c

Editorial Universitaria
Panamá 1973



José María Sánchez B.

**CUENTOS
DE
BOCAS DEL TORO**



EDITORIAL UNIVERSITARIA

PANAMA

BIBLIOTECA NACIONAL DE PANAMÁ
ERNESTO J. CASTILLERO R.

EDITORIAL UNIVERSITARIA

Rector:

Dr. Rómulo Escobar Bethancourt

Director de la Editorial:

Carlos Manuel Gasteazoro

Aprobado por el Consejo de Publicaciones

Portada: de María de los Angeles Rosas B.

SPA

863

52110

0.3

1973

*Manojo - Efraim Caballero
carta póstuma
ilustración*

09 DIC. 2004

A
Ana María
y
Mónica del Carmen

Prin Banduristi



N A D A

Cuando se asomó a la puerta, la lluvia tendía una cortina espesa sobre el fondo borroso de la loma. Los árboles comenzaban a oscurecer.

Llena de angustia, trató de penetrar la tristeza del paisaje. Cerca, el río brincaba, encabritándose en el recodo. Nada. Sólo, a veces, la sombra fugitiva de un tronco sobre las aguas turbulentas.

De regreso, a la luz del fogón el cuerpo dibujó una figura grotesca. Caminaba con lentitud, meciéndose como hamaca. Se acomodó en la cama haciendo un gesto infantil de miedo.

La voz de la india le hizo volverse, sobresaltada:

—Tonta! No tengas mieo. Yo'a tenía muchos.

Afuera, el rumor de la creciente se metía por todos los rincones de la noche. Los árboles de las orillas se empinaban a la defensiva, templando los cables nudosos de las raíces.

* * *

Con el alba el marido había salido en busca de la comadrona. La dejó con la certidumbre de que el alumbramiento

vendría en cualquier momento. Después, llovió torrencialmente y tuvo el primer dolor. Casi cae de rodillas. Un poco asombrada se agarró el vientre, pugnando por ahogar el grito que le hervía desde muy adentro. Aquello pasó pronto. Salió al patio. Al otro lado del río una india lavaba bajo el aguacero. Llamó. La mujer no oía, ensordecida por el ruido parejo de la lluvia. Llamó desesperadamente hasta enronquecer. Fue en vano. Desalentada regresó al rancho y se acostó con las ropas mojadas y los pies llenos de lodo. Casi todo el día hiló con prisa una plegaria. Tenía los labios hinchados a fuerza de refrenar la mordida de las entrañas. Atardeciendo hizo tregua el aguacero. Vovió a salir. Aún estaba la india lavando. Llamó. La mujer levantó la cabeza. Cruzó el río y subió al rancho. Juntas continuaron repasando la madeja interminable de la oración. No; ella no tenía miedo. Al contrario; se sentía feliz. Solamente quería que el marido estuviera presente a la llegada del hijo.

De pronto escuchó con atención hacia el bajo. El acento bronco del río subía, incontenible, la loma, arrastrándose pesadamente en dirección al rancho. La hendidura de la puerta adelgazó ese sonido amenazador, ese soplo siniestro semejante a una brisa húmeda que, barriendo el piso, subía hasta el jorón y la pared recalentada de cañajira. El fogón, inquieto, estrujaba sombras en la pared.

Un crujido de árbol cambió la queja bronca del río. Se sintió un griterío de piedras que ruedan. Las piedras, locas, salpicaron choques. Los choques saltaron al cuarto, se hundieron en los oídos ¿Era ella una piedra rodando sobre

abismos roncós, o era ella el centro de un choque de peñas y alaridos? Así rodando, rodando, se descuajaron las caderas. El cuerpo se transformó en un solo, inmenso nervio retorcido. Se hizo más tirante y le llegó, pobrecita, una oleada de sonidos como campanadas. Luego, del sonido quedó solamente el dolor. Del dolor, una carne prieta y rojiza de cholo recién nacido. Lejos, a una distancia inasible, se desvaneció la caravana de piedras que ruedan. Las carnes, cansadas, se apaciguaron. Sobre el techo mordía con rabia el aguacero.

* * *

En la madrugada la puerta se abrió. El hombre, agarrado por el frío y la fatiga, se acercó a la cama. Habló, y el tono de su voz traslucía pesar, remordimiento:

—María, pobrecita. ¡El río ta creció!

Ella volvió la cabeza y sonrió al ver el gesto de su cara. Fue que se quedó mirando el pequeño bulto que yacía a su lado. Mirándole los ojos, le dijo:

—No fue na'a. Naa'ita.

El viento, madrugador y huracán, rascaba la nuca áspera del cañablancal.

1937.

EL MONTEADOR

Aunque ya estaba un poquito viejo, todo el mundo lo reconocía. Era el mejor monteador de la comarca. En el patio de su rancho, de acuerdo con los meses y las frutas que caían en la montaña, se asoleaban siempre tasajos de zaño, venado, conejo, macho de monte.

No había nacido por allí. Llegó desde la costa con una muca de ropa al hombro, un machete sin afilar en la mano, y una ignorancia increíble para todo cuanto se relacionara con las faenas cansinas del “chapiador” y el palanquero. Pero no tenía pereza, y era dueño de una abierta sonrisa de costeño que se ganó la simpatía de todos.

Poco a poco se hizo al trabajo del machete, aprendiendo a sobrellevar con paciencia la mordida del sol, la filuda vegetación de los rastrojos, erizadas de espinas y de ortigas. También se hizo botero: transportaba enormes cargas de banano en canoas que desafiaban las correntadas, el río largo, espumoso, semejante a un camino infinito que reverberaba en el sol y el aire, hirviendo de choques y de aguas pulverizadas.

Sin embargo, en lo más profundo de su condición de monteador, escondido entre los pliegues más remotos de su conciencia, había un secreto terrible que pesaba en sus cavilaciones más íntimas, en esos momentos en que, a solas

consigo mismo, pensaba, pensaba en los misterios de la vida, del destino. ¡Parecía increíble! Era flojo, de una flojera definitiva que, para su desgracia de monteador, tenía manifestaciones muy raras. El estómago, ese órgano que en el resto del género humano tiene funciones tan vegetativas, tan sencillas, en él tenía la monstruosa propiedad de recoger los estímulos del mundo exterior y transformarlos en un molesto proceso de retortijones, urgencias y ansiedades que culminaban en la necesidad inaplazable de expulsar esa angustia interior, recurriendo al natural expediente de desatarse la majagua que oficiaba de cinturón; y, de cuclillas, mirar estúpidamente, con gesto humillado, un punto neutro ubicado a dos o tres cuartas de los pies. ¡Puñetera vida! Para él, el mejor monteador de la comarca, el estómago era, como quien dice. . . el barómetro de su flojera.

Casi siempre fue así, desde que era chiquillo y vivía en un pueblecito de pescadores. En aquella época, claro, no se detenía a analizar el hecho un poco molesto, un poco inquietante de sentir que cuando una ola demasiado alta amenazaba con hacer zozobrar la canoa; que si un pez grande se pegaba del anzuelo y tiraba con fuerza, un frío de hielo subía desde las piernas y el estómago y daba un vuelco que le ponía ceniza la piel de la cara. A pesar de todo, trató de esconder esa debilidad tan poco en consonancia con las necesidades de la vida y del trabajo en los pueblos de pescadores. Hasta que un día, bañándose con otros muchachos sintió de cerca el remolino de una tintorera que se varó a muy poca distancia de sus piernas. No lo pudo evitar. En medio de las risotadas de los compañeros, se fue para la casa

profundamente humillado, caminando entorpecido por un peso de plomo que tiraba la parte posterior de sus pantaloncitos. A partir de ese momento, los muchachos, el poblado todo, comenzó a hacer burla de su defecto. Un día se alejó para siempre de la costa, y llegó a los caseríos de tierra adentro.

Hizo rancho y se buscó una mujer. Cuando los hijos llegaron, encontró que no había manera de satisfacer el apetito de los chiquillos con el solo producto de los miserables jornales. Absolutamente solo, comenzó a meterse en la montaña buscando cacería. De más está decir que eran incontables las veces que recostaba la escopeta a los tucos fornidos e impasibles. Al amparo de la hojarasca se desataba el cinturón y daba libertad a esa cosa de adentro.

De noche también iba solo y resultaba peor. El retortijón del estómago culminaba ante los hechos más pueriles. Un grito de pájaro, una rama quecrujía. Pero, a filo de recia voluntad, desentrañó el misterio de los comederos, de las picas escondidas y, la montaña espléndida, le entregó sus secretos.

Un día, el patrón de una finca cercana lo mandó a llamar. Un tigre asolaba la comarca con sus ruinosas incursiones. No había localidad, por habitada que fuera, que no hubiese sentido en las manadas el atrevimiento del gatazo que mataba casi todos los días terneros, potrillos; que en una memorable ocasión, sacó del tambo de un rancho una lechona parida y se la llevó a pesar de los tiros que le hizo el

amedrentado dueño. Dos o tres días después, el animal dejó, en las cercanías del mismo rancho, su huella ancha de tigre cebado.

El asunto se convirtió, desde luego, en una cuestión de prestigio profesional que habría de mantenerse por encima de las inconveniencias de un estómago demasiado sensible. Además, el patrón ofreció la respetable cantidad de veinte pesos por el cuero del animal. Por otra parte, Mandador, un hondureño mal encarado que cometía tropelías entre los indios del Teribe, llegó atraído por la cuantía del premio y ofreció sus servicios de excelente cazador. La presencia del hondureño despertó apasionados comentarios en la gente, y hubo quienes apostaron en favor de uno u otro. En eso se estaba, cuando llegó la noticia esperada. El tigre cazó en un potrero cercano a la montaña. En una arboleda, al lado de una loma, mató a un ternero y le comió el pecho y los intestinos. Todos sabían que el animal regresaría a comer.

Mandador se acercó, y le propuso una cosa muy razonable. La cacería se reduciría a sentarse en un veladero y esperar con paciencia que el animal, hostigado por el hambre, regresara. Dividirían la noche en dos turnos, acomodados en el mismo veladero, y el que tuviera la suerte de tirar al gatazo compartiría el premio con el otro. El viejo, presionado por las circunstancias, se vio obligado a aceptar la proposición, y exponerse a que el maldito estómago, en presencia del otro, pudiese poner en entredicho su hombría, sus cualidades extraordinarias de monteador.

Rivalizando en detalles que denotaban gran experiencia, acomodaron en la horqueta de un árbol una plataforma de caña-brava. Mandador pretendió amarrar los restos del ternero con una majagua trenzada, pero el viejo se opuso. Arguía Mandador que el bicho, desconfiado por naturaleza, podía coger la presa sin dar tiempo al tiro.

—El plomo camina má— sentenció el viejo.

Temprano en la noche se treparon al veladero, dispuestos a la larga espera, con las lámparas tapadas. A lo lejos distinguían, en el potrero, las pelotas oscuras del ganado, iluminadas por la débil claridad de una luna en cuarto creciente. La montaña, cercana, sacudía sus rumores.

Casi al amanecer, durante el turno del viejo, las hojas del suelo fueron restregadas por un cuerpo que se escurría sigilosamente. Mandador se incorporó en silencio y le dio agua a la lámpara del otro. De golpe, alumbraron el suelo concentrados sobre dos brasas verdes. Detrás de ellas, un cuerpo elástico, levemente moteado de amarillo, esperaba el rugido de la escopeta.

—Déle, viejo!

El disparo cortó la canción de los pájaros nocturnos y se perdió en la montaña. Amanecía rápidamente. En un matorral cercano, el tigre se revolcaba con un quejido bronco, quebrando palos y ramas secas.

Bajaron los dos cazadores del árbol. Antes de ir hacia el trigre, el viejo se volvió con naturalidad a Mandador:

—Vo'a vé si ta cayendo una verbá po'allá, pa vení a matá dispué zajino.

Apenas subió el barranco, corrió, desesperado, desatándose con dedos torpes por la prisa la majagua que le servía de cinturón.

Cuando regresó, el gesto de apuro había desaparecido. Lleno de dignidad se acercó a Mandador: Este, con ademán de conocedor, dijo señalando el tigre:

—Ta bellaco el tiro, viejo. Le metió el plomo en to'o el codillo.

1938.

C U S O

No es que el perro le aúlle a la luna.
Es que la luna tira de su aullido,
hasta reventarle las cuerdas vocales
o vaciarlo por dentro.

Tristán Solarte.

Vivían un destino de perros y de negras a la sombra de las anchas hojas del banano. A Cuso los ladridos le brotaban con un sonido a madera rajada. Rosana, concentraba en el alarido su ardorosa mística antillana, llena de interpelaciones hacia la oscura humanidad bananera. Unidos caminaban por el mundo eslabonando, a través del amor que el uno sentía por el otro, ladridos y cánticos.

Cuso se llamaba así, aunque en justicia debió de haber ostentado el nombre de Charagre, Bonyick o de cualquier otra cosa más bonita y onomatopéyica. Sin embargo, a veces, para los valientes perros que caen en manos de negras, el nombre constituye una incongruencia, una expresión que a menudo deforma la calidad intrínseca de estos perros indios, poseedores de un ancestro muy estimable que se remonta hasta una distancia de siglos y siglos vividos en los antiguos poblados indígenas del Teribe. Quiero hablar de lo accidental que significa llamarse Cuso. Pero para que

Cuso quiera a Rosana y para que Rosana quiera a Cuso, Cuso ha debido ser tal, ya que, suponiendo que hubiese sido un Charagre o un Bonyik, Rosana no sería Rosana; hubiese sido con toda probabilidad Wutunga, Tiringa u otra cosa semejante en la espesa manigua africana, y otro hubiese sido el destino de estos personajes. Evidente: no se habrían conocido. En cuanto a los hechos relativos de Charagre, Bonyick, Wutunga y Tiringa, se oponían dos hechos contundentes: Cuso y Rosana. Estos dos hechos contaban y eran los únicos que determinaban las consecuencias respectivas de Monteador y "Salvation Army".

Sin grandes alternativas, pues, pasaba la vida de Rosana y de Cuso, dos seres que, sin ser excepcionales, estaban en el mundo, cantaban, ladraban. Un día ocurrió un hecho que introdujo una variante más o menos decisiva en el aburrido fluir del tiempo.

El tiempo es una marcha de incidentes sórdidos que se mueven en forma concéntrica, cayendo con lentitud hacia la punta de los nervios. Es como una larga espiral de pequeños detalles irritantes. Pero el tiempo es, por excelencia, el período que separa dos cortes de banano. Dentro de ese lapso ocurren cambios en la forma externa de las cosas, el hombre trabaja, ama, montea, baila y llena con estas actividades la cuota de optimismo indispensable para no perecer de hambre y de tedio. El hombre nace, crece, interviene en la función bananera. Baila además, en forma indecente, torciendo las caderas y el espinazo. Ello, claro está, en el

espacio que separa dos cortes de banano, es decir, dentro del tiempo.

Un día, pues, ocurrió un hecho muy bananero. Llegó un mandador nuevo a la finca, dueño, por extraña coyuntura, de dos perros de cacería. Un macho y una hembra espléndida. El sistema de vida que Cuso y Rosana llevaron hasta ese entonces, cambió. Rosana y Mr. Smith se unieron a la más espontánea de las simpatías. Cuso sintió por Pat, la perra fina, irresistible atracción.

Sería confuso tratar de reunir todas las circunstancias que se juntaron hasta crear esta situación, y explicarlas. Quizás habría que limitarse a aceptar como un indicio la gemebunda melopea del "Ejército de Salvación": primero, porque Mr. Smith conoció a Rosana en una noche, y ésta extendía, provista de un tambor y entre un marco de antorchas, su ancha voz y los himnos, anchos también. Segundo, porque es imposible negar la emoción que se adueñó en oleadas de lo más espeso de su sangre de "cow boy". ¿Nostalgia? ¿Un recuerdo dormido en los pliegues de los años? ¿Fue que, de música a música, recuperó una melodía infantil, una alegría y un sentimiento de cuando era chiquito y recorría a caballo las praderas de su pueblo natal? ¿Quién sabe! Lo cierto es que Rosana se convirtió de la noche a la mañana en una gorda cocinera negra con funciones que de cuando en cuando se complicaban un tanto. Cuso, desde luego, entró también al servicio de la casa, y se enamoró perdidamente de Pat, la perra de cacería. Sólo nos resta decir que fue un amor desgraciado. Pat no se enteraba

de su erizada presencia de monteador, y es que las perras son crueles hasta la ferocidad cuando no aman. En cambio, llenábase de mimos en presencia de Butch, su cejijunto y desgarrado compañero.

Una mañana rumbearon hacia las montañas en busca de cacería. Mr. Smith, Mr. Wilson, otro gringo, el viejo Villarreina, un cazador famoso en la comarca. La alborada se encendía de tucanes y de nubes, y crecía, entre los bejucales y el antro impresionante de las quebradas, como un zumbido de luz.

Desde el primer momento se evidenció un hecho que desmerecía las cualidades de los dos perros extranjeros. Caminaban bajo el techo de la selva impresionados por las voces cruzadas del monte. Allí, en la espesura, el crujido más ligero enciende de inquietud la sangre. Una rama que se parte bajo los pies de los cazadores, el tintineo del machete que corta las lianas, asumen entre los troncos un tamaño de milagro, de amenaza inminente. Cuso, un poco rezagado, aventaba la nariz, extendía con voluptuosidad los acerados tendones de las patas. Por varias horas los dos perrazos enloquecieron rastreando “ñeques”. Cuso, despectivo y prodigiosamente serio, rehusaba empeñarse en tales correteos, ya que es estúpido pegar la nariz a la hojarasca, olfatear las raíces y pretender alcanzar en carrera a ese bicho, dueño de una malicia verdaderamente diabólica. El, Cuso, perro sin mayores pretensiones, apresa en contados minutos al “ñeque” más avisado. Lo probó en cuanto los gringos sujetaron a los perros finos y, aupado suavemente por Villa-

rreina, enderezó las orejas escrutando el bejucal. Cuso procedía por intuición, y tal hecho era el que prestaba caracteres firmes a su bienganado prestigio de monteador. El “ñeque” corre dando rodeos, orina troncos, entra en una cueva y sale por otra, cruza quebradas y termina por burlarse del rastreador más hábil. Cuso comenzó a caminar en forma curiosamente elástica. Poco a poco aumentó la velocidad del paso, hasta convertirlo en silencioso galope. Dos o tres minutos después, su ladrido a madera rajada sonó al pie de un barranco. Cuando los hombres llegaron, se relamía los bigotes al lado de un “ñeque” degollado.

Dobla el mediodía cuando Cuso suspende su trotecillo y, con una delgada pata en el aire, escucha intensamente hacia una ladera. A la derecha, a unos veinte metros, retumba un chorro. Inflado de sol, el monte resopla y las torcazas se empinan sobre las ramas. Villarreina contempla el espinazo erizado de Cuso, y escucha también. Llama a los dos gringos y los esconde al lado del chorro. Cuso busca los ojos de Villarreina. El vaqueano sonríe excitado. En la distancia se escucha el paso retemblante de una danta.

No tarda en sentirse el ladrido de los otros perros que suben corriendo la loma. Baja la danta como un trueno, reventando monte. Cuso se acerca al charco. La espesura se raja de tucanes y oropéndolas. Un estrépito anuncia, a un lado, al animal. Cuso se aparta, y la danta desemboca lanzándose al agua. De pasada, Butch le suelta una dentellada traicionera y comienza a sangrar débilmente por el hocico. Resoplando en el charco, el animal asoma el lomo

como una peña, a flor de agua. Los otros perros, enloquecidos, aúllan detenidos por el chorro imponente. El vaqueano aúpa. Cuso ataca, se torna en una bola erizada de gruñidos. Cerca de la cabezota de la bestia, mete la cabeza en el agua y nada sumergido, pegándose al costado corpulento. Muerde la parte blanda del codillo. El agua se tiñe de sangre. Grita el vaqueano y Cuso regresa. Nadando entre dos aguas apresa la oreja del animal. Hierve el agua. Cuso forcejea aferrado a la oreja de la danta. Se aleja nadando. Lleva en los dientes una piltrafa sangrante. Deposita bajo el hocico de la perra un pedazo de oreja. Brinca otra vez al ataque. Ahora va seguido de Butch. Mr. Smith grita y dispara. Mr. Wilson grita y dispara. Villarreina aúpa a Cuso. Butch ataca de frente. Cuso desgarró la oreja y percibe confusamente la imagen de un cuerpo blanco que flota en la espuma. Resopla vencido el animal, bajo un disparo certero de Villarreina. Cuso nada hacia la orilla. Butch, inmóvil, flota en el agua con el cráneo abierto. El agua baja, enrojecida. Cuso tiembla de frío al lado de Pat. Butch está muerto. Las oropéndolas abandonan la cercanía del charco. Es ahora la tarde la que zumba, creciendo, en la espalda del monte.

Desde ese momento Cuso ganó la admiración de Pat. En los días que siguieron al violento incidente de cacería, tuvo la complacencia de sentir en los gestos y los movimientos de la perra el proceso maravilloso. Cuso, hechizado, se sentía invadido de un raro sentimiento de melancolía y de felicidad. Raro sentimiento ese. Marea caliente que le subía de las tripas a la seca garganta, a la noche que se abría alta y

abismal, túnel de resonancia para el aullido de los perros indios que ladran con un rabioso sonido a madera rajada.

¡Oh la noche, la negra noche de los perros! Allá, bien adentro, en el monte, canta un capacho. A la izquierda, detrás del matón de zarzahueca, se escurre una zarigüeya. El movimiento de la bestezuela es tan leve como el estallido silencioso de las frutas del ceibo en el corral, disparando en la sombra semillas y semillas. Pero hay un olor acre que viaja en la brisa y denuncia el paso del animal y los hocicos de los perros se abren con ferocidad y el sueño se llena de grunidos, de toses angustiosas. Y, aún más lejos, el ganado brama en el potrero, mucho más distante del guayabo cimarrón que se eleva casi a la altura de las constelaciones, con las ramas agitadas por la brisa y por los aletazos de las "nonecas", tristes, negras, que escrutan el cielo con el insomnio del hambre. Cuso, echado al lado de Pat, sentía como una caricia en el flaco costillar la blanda respiración de la hembra.

Una tarde, Mr. Smith sale al patio con la escopeta y le silba a los perros. El bananal está lleno del canto de las "paisanas". Caen los higuerones y el aire se impregna del olor de las frutas que alfombran el suelo.

Cuso se adelanta, tenso como un alambre, poseído de una fragancia que le arranca un gruñido. ¡Zaínos! Pierde el olor. Lleno de angustia levanta el hocico. Galopa enloquecido saltando en el aire, buscando, erizado. Ancho como el

bananal, el olor de las frutas envuelve el crepúsculo. ¡Zafnos! Levanta la pata y orina. Corre otra vez, enfurecido por el perfume irresistible de los higuerones. El gringo, insensible a la inquietud del perro, camina pesadamente hacia el canto de las “paisanas”. Un hijuelo desgarrado de banano atrae la atención del perro. Olfatea. Levísimo, vuelve a sentir el rastro de los animales salvajes. Levanta la cabeza buscando orientación, y se pierde corriendo en el bananal. Un crujido suspende la carrera. Escucha con atención. Se acerca un galope. Cuso, inmóvil, escucha. Un cuerpo blanco sale entre los tallos. Es Pat.

Hasta ellos llega con claridad el canto triste de las “paisanas”. La perra jadea. Cuso se le acerca con la nuca erizada. Un golpe de brisa sacude las anchas hojas de la plantación y trae en oleadas el perfume de los higuerones. Recordando el rastro perdido de los zaínos, gime Cuso desolado. La perra se rasca el costado. De pronto, se queda mirando a Cuso. Larga y bella mirada de perra. El estampido de la escopeta galvaniza a los perros. Las “paisanas” gritan sobre ellos. Mr. Smith llama de lejos:

-Pat, Pat.

La perra mueve la cola y se endereza obedeciendo al llamado; pero Cuso se atraviesa. La hembra enseña los colmillos. Cuso se acerca, torciendo el cuello en un arco erizado. Gime la perra sintiendo el llamado insistente del gringo. Cuso, violento, hunde con rabia los colmillos en el suave cuello de Pat y se abraza al cuerpo esponjoso. Resuena en el bananal, terrorífico y discriminatorio, un grito:

—Damn’it!

Agazapado al pie de un matón de guineo, Cuso contempla con ojos alucinados al gringo que recoge un pedruzco y se lo estrella en el costado. Levanta el hocico midiendo los movimientos de Mr. Smith. Una piedra atrae la mirada del hombre. Se agacha a juntarla. Cuso ataca como un bólido. Tres cuartas alza hasta los colmillos diestros y feroces. El hombre siente en las entrañas el frío arañazo del miedo. ¡Ese animal miserable, frágil, reuniendo en la soledad del crepúsculo una cantidad tan enorme de odio, de acometividad! Logra sacar su cuchillo de montería y lo hunde repetidas veces en el cuerpo tembloroso hasta llenarse las manos del licor viscoso de la sangre. El perro, vencido, suelta al hombre y huye hacia la noche, seguido de los disparos ciegos del mandador. Lejos, muy lejos, gimió toda la noche acostado a la sombra de un platanillal.

Allí lo encontró Rosana al día siguiente. Llena de amor lo levantó en los brazos y se lo llevó otra vez a los campamentos, a la misma vida de antes, con sus melopeas, con la embriaguez de los rastrojos para la vocación de Cuso, el bravo, el valiente perro Teribe de cacería.

1939.

EL LLANTO DE LA VIBORA

Por el sendero de la montaña resbala la terciopelo. De cuando en cuando reluce bajo el humo plateado de la luna. Hilo de sonido, sombra, miedo, noche, la terciopelo avanza despacio atornillando la cabeza ceñuda en la alfombra del hojarascal. El pulmón del bosque respira en el canto de la cigarra.

Un grito muerde en la noche. El lomo del silencio, herido, sangra en las hojas y las ramas el eco multiplicado por las hondonadas. La víbora se inmoviliza. Poco a poco, infinitamente cuidadosa, se arrolla en la mamba de un almendro cimarrón. Levanta, una pulgada más arriba del áspero raizón, su cabeza afilada, el dardo de la lengua rasgando la tensión de sus dos metros bellos, terribles.

Regresa la calma, el canto de las cigarras. Sale el animal de su escondite y se mece indeciso en el sendero. Hay algo, una velada amenaza que flota en las sombras, y se enciende de inquietud la respiración de la víbora. La noche queda cundida de estallidos. Nuevamente un grito parte la noche. Resbala, alejándose, la terciopelo. El padrote de los puercos de monte ha gritado. Probablemente, un tigre vela el sueño de la oscura manada. El sonido de los colmillos entrechocados acelera la marcha del animal. Bajo esos hocicos de pesadilla, dos, tres dentelladas bastan para convertirla en una masa sanguinolenta.

Un crujido corta la fuga reluciente. En un segundo se transforma en una rodaja de músculos retorcidos. La cabeza toma un ritmo de péndulo. Luego la apoya en los anillos y se aquieta, inmóvil como una piedra. No tarda en sentirse un roce pulido de precauciones. Inesperadamente, a pocos centímetros de su cabeza, se precisa una garra. Con la velocidad del rayo mueve la cabeza, golpea la piel afelpada y se escurre debajo de un tronco. Un gruñido desgarrar la oscuridad, y la silueta elástica del tigre surge en un claro de la selva. Luego se aleja trotando, perdiéndose en la espesura. La noche queda trémula con la ferocidad de los puercos de monte.

Cauteloso, el cuerpo de la terciopelo busca el sendero perdido entre las raíces. El terreno baja, se quiebra sobre una pendiente; y el cielo, sin la pantalla del ramaje, se derrumba en la charca encendiendo luceros en la linfa. En la orilla se detiene. Nada mueve la quietud de la luna y de la noche. Solamente la brisa mece con suavidad el agua en los hierbajos de la ribera.

Entra en la charca. Una rana de ojos desorbitados se hunde con un chapuzón en las aguas verdosas. Al ganar la terciopelo la otra orilla, vuelve a sonar el canto del batracio. Hace más lenta su marcha. Bajos llenos de humedad, pitaales rezumantes reparten en tono de sordina el canto idiota de la rana solitaria. La muerte acecha detrás de cada tronco forrado de musgo. La muerte acecha también en las mandíbulas de la bella terciopelo que se desliza centelleando bajo el toque plateado de la luna.

Inicia la ascensión de una pendiente, alejándose de la humedad del bajo. A medio camino se detiene, presa de un malestar que aumenta gradualmente. La pequeña loma crepita con el furor desencadenado de las cigarras. El tronquerío agranda el canto tristísimo, hasta convertirlo en un alarido que vibra enloquecedor en la oscura cavidad del cerebro. La selva, el mundo con un tamaño que supera la loma hasta perderse en la inmensidad de las quebradas y los bajos, asumen un ritmo de gigantesco pulmón. Se sacude furiosa. Levanta su cabeza hasta un metro de altura. Mensajera del terror, silba una cólera de locura tirando mates sobre las hojas batidas por la brisa de la montaña.

Trepa la loma, lanzada en silenciosa carrera, alejándose del canto de las cigarras como un arpón de cañajira. Una náusea violenta se apodera del vientre plateado. Entra el animal en un hueco. El sueño le invade como una caricia. Arrolla sus dos metros estremecidos por el fenómeno angustioso de la digestión.

Un golpe de brisa sacude al monte, y la terciopelo levanta la cabeza airada. A un lado del hueco se cierne un desborde emocionante como si el cielo se vaciara en una lluvia de guijarros. La brisa se extingue, el ruido pierde intensidad. La terciopelo afloja la tensión provocada por el insólito rumor. Afuera golpean, a una distancia cada vez mayor, las menudas frutas del verbá parido, sacudiendo la riqueza de sus ramas en la sombra.

Ese hueco tenebroso, esa negrura perfumada por reto-

ños aplastados de platanillo, se enfrenta a visiones de terror y de violencia, al abismo vertiginoso en donde late el sueño temible de las terciopelos. El cuerpo se sumerge en una inmovilidad semejante a la muerte. Sólo adentro, en el vientre estirado por la gigantesca rata poco antes devorada, el infierno de la digestión se verifica bajo la acción corrosiva de los jugos gástricos. Sueña tal vez la terciopelo. Sueña con raíces de un verbá que correspondió a su espera con el regalo de una rata que pasó a dos pies escasos de su cabeza. La escena desfila envuelta en la gelatina amarillenta del sueño. El episodio regresa con claridad, recorriendo, uno por uno, los movimientos perfectos que culminaron en la cacería. Allí está la rata, enseñando los afilados diente-cillos en un gesto absurdo de amenaza, nadando en un ambiente de desesperante lentitud, mostrando el lomo blandito en una patética invitación al arponazo de los colmillos. La sangre, espesa, baja del lomo gris del bicho, manchando el suelo cubierto por las frutas del árbol. La víbora se estremece en el sueño. Ha cambiado la escena. Ahora traga el cuerpo voluminoso de la presa. Angustia, terror. Una imposibilidad secreta paraliza los músculos del cuello y el roedor baja despacio, despacito, agitando su desnudo rabo entre los colmillos de la terciopelo. Cae de nuevo el verbá, sacudido por el viento. La fiera se revuelve irritada. Ha despertado. Los ojos recorren la mamba.

Se despereza dominada por un recuerdo remotísimo, vinculado por una sucesión de extraños temores a un pasado imposible de precisar. Sorprendida, recorre el antro formado por el tronco. Gana fuerza el desasosiego de la

terciopelo, como si en el ruido de las frutas que caen hubiese alusión a un hecho monstruoso, anterior a su propia condición animal. Ese hecho surge como una posibilidad oscura y se mueve hacia adelante, en una búsqueda subterránea. Hay, sin embargo, una barrera que rechaza la corriente sombría del recuerdo. Inquieta, mira con fijeza a una hormiga que trepa el raizón. Sigue con atención los movimientos apresurados del insecto que sale al exterior por la boca negra del tronco. A través de la hendidura, la marea del follaje mecido por un soplo de brisa que hincha la selva y sacude el verbá, atrae sus miradas. Esa visión comienza a tranquilizarla. Un vago sentimiento de seguridad, sugerido por el hecho de que vislumbra el follaje y los insectos del monte en plena noche, aleja el estado anterior de temor e incertidumbre. Allí, metida en la cálida guarida, es, confortable y segura, solamente una terciopelo, dos metros de terror en la noche de la selva.

Se siente al verbá llamando desde afuera con un clamor de lluvia. Ahora sí, ahora sí precisa otro recuerdo, sumergido en un hálito tonificante de ferocidad. Los animales del bosque acuden en manadas a comer las frutas que el árbol riega en el suelo. Con ellos llegan los animales de presa, a desgarrar la carne palpitante de los roedores, armados de zarpas, de colmillos que destilan un zumo paralizante y mortal. Bien pudiese ser que ella llegó, llamada también por la lluvia de las frutillas.

Quizás desde temprano su cuerpo robusto esté agazapado cerca del árbol, en espera de una presa. La víbora sale

de la mamba embriagada en el recuerdo tremendo, guardado tanto tiempo en la sucesión de los días, las noches, los años. ¡Eso sucedió! Los detalles se aclaran paulatinamente y los matorrales se desperezan como en la madrugada inolvidable que alumbró el encuentro con ella, la hembra que una vez encendió en su vientre de macho una agonía indescriptible.

Bello recuerdo. La montaña despierta. Sacia la melodía de los pájaros su ansia de amanecida, y el sol gana, en la niebla y las quebradas, la victoria del color. Una larga noche de cacería arrastra el macho frente a un bañadero de puercos salvajes. De la derecha, resbalando desde un cañablancal, surge una víbora espléndida. Es una hembra y ondula un terciopelo bruñido, metálico. Avanza desafiante y lo mira en la media luz de la madrugada. Se acerca con lentitud encrespando el aliento del macho. Los cerros están ahítos del regocijo temprano de los tucanes. Al pie de un jujucal, los cuerpos enlazados encienden apretones alucinantes sobre la ventura de los vientres. El nudo, ceñido, escalofriante, relumbra en el sol.

Algo inesperado se interpone. La hembra endurece el espinazo y se separa con violencia. Sus pupilas malignas contemplan burlescamente las fauces babeantes del macho. Luego se pierde, rápida como la luz, en el cañablancal.

En vano buscó en las hojas secas del monte. El cuerpo de la hembra se perdió en el bajarío. Al filo del mediodía, cesó el macho en su búsqueda. Arrollado en la penumbra de un pital se adormeció en angustiado sopor.

Dominado por el anhelo inefable, avanza hacia el gigante del bosque, arrastrando la tortura de la digestión. De pronto se revuelve asustado. Desde el raizón del verbá un haz deslumbrante avanza hiriendo las pupilas. Atraído por la luz se acerca. Distingue la silueta confusa de un hombre. Lleno de terror precisa, en un segundo infinito, esclarecedor, el recuerdo surgido en el hueco del guayabo cimarrón y trata de huir. Es tarde. El cerebro estalla en un relámpago y la cabeza cae sobre un abismo sin fondo.

Se siente regresar, estremecido de dolor, de un mundo extraño de silencio y de negrura. Algo se mueve a un lado. Trata de levantar la cabeza sangrante, y alcanza a mover, apenas, su cuerpo descoyuntado. Se siente herido en el costado. No la ve, pero la adivina. ¡Es ella! Le rasguña en el vientre toda su ternura de macho, pero el dolor detiene el movimiento, apenas iniciado. Una angustia desconocida se apodera del animal moribundo que siente veladas las pupilas por una sensación extraña, asociada al recuerdo y al disparo mortal. Lleno de furia, trata de sacudir la cabeza, y de los ojos se desprende un líquido que rueda por el hocico hasta la boca. Es salado. Levanta la mano y se restriega los ojos. La mano? Sí... la mano. ¡Y es la mano derecha! También en la selva hay ahora un ruido chasqueante. Pero no, no es el batir de las mandíbulas de los puercos salvajes, ni el verbá que sacude sus ramas en el viento. Es más denso. Quizás más fino, y hace realmente frío. El cobertor se ha corrido. Las dos manos tantean en la oscuridad, buscándolo. ¿Dos manos? El cuerpo de la terciopelo hembra se va deshaciendo en la irrealidad y en el

rumor de la lluvia que castiga el techo. Además, la almohada es más suave que la hojarasca podrida. Sí, la hojarasca podrida huele a ropa sudada de indio. SUDOR DE INDIO. ¡Exactamente, sudor de indio; y se incorpora sobresaltado en la cama!

El hombre, completamente despierto, abandona el lecho enjugándose las lágrimas que siguen rodando copiosas desde los ojos. Sonríe. Afuera de la casa, la lluvia cae con ruido parejo sobre los rastrojos, sobre la montaña misteriosa que se perfila a lo lejos.

1939

LA MUERTE DE NICANOR

El relámpago dibujó, frente a la laguneta, la figura del hombre sentado sobre un tronco. Segundos después, el trueno sacudió la linfa que ya desde prima noche se rasgaba bajo el grito de los babillos. En el cielo bajo, como de caverna, la noche anaranjada, incendiada de tormenta.

Remonta la copa de los árboles el mismo siseo que poco antes pasó por el gramalote hasta llenar la orilla del río de lamentos. Es la voz del Talamanca, repitiendo desde las nuca de la serranía una sola queja: creciente... creciente. Las ramas crujen. Copiosa, llena de presagios, la lluvia cae y el caudal del río crece en la oscuridad, llena de hilos sucios el sendero de la laguneta, sobre el cual está, apesadumbrado, el hombre.

Temprano, casi de madrugada, abandonó el rancho rumbo a los bancos del río. Allí dejó correr las horas metido en lo más espeso, al lado de la corriente que amaneció poblada de troncos y ramazones. Siempre al lado del río. Atrayente como un vórtice, miraba sus aguas y con ojos entornados envidiaba la potencia de la correntada que le hacía vibrar **las entrañas**, como si la caja torácica escondiera un sensible diapasón. Y poníase a repasar los pormenores de su amargura, **la falta** de vigor de que disponía su pecho flaco incapaz de llevarlo hasta el umbral de su rancho y gritar con enojo:

– ¡No me quieras tanto que me voy a morir!

Esta era la tragedia de Nicanor. Parecía imposible que fuese capaz de amilanar un espíritu tan rebelde como el de Nicanor, hombre que siempre dejó sentada fama de recio ante los más grandes peligros. Eso, sin embargo, nada pesaba ante el hecho cierto de la nueva cobardía de Nicanor, mejor dicho, de la vieja cobardía de Nicanor, que no era nueva, que ya se avecinaba a los tres años. Acaso pudiéramos comprenderla si la suerte nos depara dentro de las cuatro paredes de un rancho, con la puerta cerrada, una mujer como la de Nicanor. Esa mujer era como un mar, como una selva, como cualquier cosa excesiva. No hay otra palabra que resuma con mayor justicia las cualidades de la mujer de Nicanor que esa: exceso. Ante aquel todo, excesivamente abultado, naufragaba el carácter, la hombría y, sobre todo, la vida misma. Si uno estuviera en capacidad de mirar, objetivamente desde luego, el acontecimiento dramático del “vivir” de Nicanor, percibiría inmediatamente las causas que motivaron la desaparición de su energía; y el desgano, o aún más, el desmadejamiento de los pormenores de su triste vida. Esa mujer infundía terror. Provista de dos armas, los brazos, movíase en el ambiente estrecho del rancho como un remolino que absorbiera los pequeños y terribles hechos de la vida cotidiana y, lo que es peor, a Nicanor. Los brazos-boas ondulaban amenazadores hasta que hacían presa en el cuello de él, mezquino cuello de palúdico, magro como un bejuco del monte. Entonces lo quería. ¡LO QUERIA! ¡Dios santo! , la ternura de esa mujer, ese detalle subjetivísimo y personal de quererlo, ese

engranaje sutil de fervores que brotaba de lo más profundo de su naturaleza melosa, era la desgracia, la tragedia y la muerte en vida de Nicanor.

Infinitas son las circunstancias que se tejen hasta formar un sentimiento, sobre todo si tal sentimiento es extremo. El odio que Nicanor profesa a su mujer se formó al calor de las más aisladas contingencias. Quizás esa suma de pequeños detalles culminó en una escena humillante, acaecida varios meses atrás. Lo cierto es que, desde tan aciago momento, la repulsión física que por ella sentía terminó por invadir el campo de lo puramente espiritual. No era sólo el instinto de conservación lo que operaba en el pobre Nicanor, sino que, desdichadamente, también una reacción de pudor moral. Ella, media naranja (?), quiste de grasa, movida de su pasión devastadora pretendió desposeerlo de su responsabilidad de varón, sabiendo perfectamente que en esa comarca los hombres todos se mueven condicionados por una concepción muy estimable y muy estricta de hombría. Ella, maldita mil veces sea, irrumpió en una refriega en que dirimía, apoyado en el argumento del filo de su machete, sus derechos de posesión sobre unos puercos cimarrones. En la confusión provocada por la entrada de su mujer en el combate, el contrario alcanzó a acomodarle, en el hombro izquierdo, un tajo profundo. Luego sufrió la vergüenza inaudita de contemplar al contrincante en el suelo, derribado por obra y gracia de los brazos-boas de ella. Pero allí no paró el asunto. Salió después en triunfo con la camisa tinta en sangre, sobre los amorosos brazos de su mujer, camino del rancho lejano en medio de las miradas

hondísimas de tres indios espectadores. Odio, eso era lo que sentía por ella. Además, miedo, espanto de entrar a su casa y encontrar dos brazos, profundos como un abismo, tenebrosos como una agonía.

A filo de relámpagos salió Nicanor de su meditación. La laguneta, al lado de la cual la noche lo sorprendió, estremecía a cada estampido la linfa cárdena, tumefacta de lodo. Levantábase un jadeo de frío que se apoderó de la garganta de Nicanor y le trajo la angustia de su bronquitis crónica, negra alimaña que le arañaba el pecho a cada golpe de tos. El sendero que serpeaba al lado de la charca, convertido poco a poco en una vena de agua, saltó el dique del tronco en que sentaba Nicanor su tristeza. ¡Dios del cielo! El monte se desangraba partido por los relámpagos. Los capachos gemían en la espesura que lloraba lágrimas de sangre blanca descendiendo en alud desde los cerros y de las copas de los árboles. Pujaba el río la amenaza de la creciente. Otro relámpago, otro. El último alumbró a Nicanor, parado en medio del camino, con la boca plegada en un gesto radiante. En el cielo no se alcanzaba a contar los truenos. Llovía, llovía torrencialmente. Muy lejos, los caracoles marinos anunciaban desde los caseríos la cabezota de agua que bajaba.

Llegado al rancho se sintió invadido por el rumor de la quebrada que anunciaba un caudal extraordinario. Sonrió satisfecho al penetrar sigilosamente en la casa. Del alto jorón sacó sus enseres de cacería y, además, un bultito redondo que introdujo en la 'chuspa' de hule. La puerta

abierta enseñaba el cielo cruzado de latigazos de fuego. En el jergón, un candil prendido alumbraba y daba al cuerpo echado actitudes infantiles. Un pequeño movimiento transformó a la mujer dormida en una montaña imponente de carne. Con calma el hombre vació el carburo en el depósito de la lámpara. Las piedrecillas, calentadas por la humedad, cayeron con estrépito en el tanque, levantando un polvillo afilado que se le coló en la nariz. Roncó con disgusto y alarma. No lo pudo evitar. Una tos, como un crujido, apagó el candil. En la oscuridad insistió el acceso. Maldiciendo con toda su alma, rasgó un fósforo y lo acercó a la mecha. La luz reveló a la mujer, incorporada sobre un brazo.

El hombre, cadavérico del susto, contempló la cara mofletuda. Reaccionó, y terminó de cargar el tanque sin contestar la mirada interrogante de ella. Una voz delgadita, incongruente, salió del corpachón:

—¿Onde vas con la noche tan fea?

Tembloroso, contestó que iba a asegurar las canoas. La mujer le sonrió— maldita sonrisa—, y le hizo señas de que se aproximara. Apretando los dientes, recibió en el bigote un beso blandito. Salió hacia la noche.

Frente a la luz de la lámpara de carburo, el agua blanqueaba como una tela de mosquitero. Con la brisa fría que agitaba las hojas venía aún la advertencia de los caracoles.

Avanzaba a grandes trancos. El suelo y las hojas secas se

deshacían, se movía la tierra licuada descubriendo las raíces de los árboles. El Talamanca bajaba en alud.

Frente a una peña, Nicanor detuvo la marcha. Hurgó en la "chuspa", y sacó el taco de dinamita. Alumbrando cuidadosamente, buscó un cuenco apropiado en la roca y acomodó el pequeño instrumento de destrucción. Con los labios fruncidos en rabiosa determinación, prendió la mecha y se retiró a larga distancia. La culebrita de fuego avanzó hacia la mole. Al otro lado bajaban en carrera enloquecida los árboles desplazados por la creciente. Un resplandor de fragua, y en la vegetación retumbó un trueno más. El barranco y la peña pulverizados, abrieron paso a un nuevo río que se precipitó hacia el cercano rancho de Nicanor.

La madrugada sorprendió a Nicanor dándole lumbre a la última pipa de la jornada memorable. Triste madrugada de creciente, huérfana de pájaros. Aún caía el aguacero. El rostro de Nicanor se había transfigurado, con una expresión de infinita paz. Apagó el fulgor helado de la lámpara al subir la trocha que conducía al caserío de la loma.

Con la visión de las casas relacionó la imagen de Carmen, una chola que no era por cierto muy joven, pero ¡oh felicidad impagable! , flaca como un grillo. Se distinguían siluetas en el umbral de los ranchos. De pronto, todas hicieron gestos alborozados. Nicanor disminuyó la velocidad del paso, desagradablemente inquieto. Casi enseguida entró en franca agonía. En uno de los ranchos se perfilaba, rotunda, su mujer. ¡Dios! Se salvó. Tosió Nicanor. El

pecho le silbó desastrosamente. La espalda se dobló, la vista se tornó vidriosa. Como un gorjeo le llegó la voz maldecida de la mujerota, babeante de felicidad. Cerró los ojos con resignación al caer en los brazos amantes. Luego, "crack", un sonido apagado, humildísimo. Sucedió lo que nadie podría evitar. La pasión de la amantísima mujer quebró, como si hubiese sido de cristal, su cuello indefenso de palúdico.

Ante el espanto de todos los vecinos, el rostro sin vida de Nicanor le sonrió a la lluvia.

1939

INO

Cae la noche. El grito de los “babillos” salta del bajarío, rasga el manto viscoso de la niebla. Se hincha el pantano en el canto de las ranas. A lo lejos retumba la caída de un árbol.

—Mama...

La voz llama bajito. Los animales del tambo se sobresaltan. Ladra Coronel.

—Mama...

Llueve otra vez. La misma rabia que muerde desde hace días en el monte. Los juncos del río, la jujuca temblorosa, se doblan bajo la inclemencia del cielo. Calla Coronel. Sube el palo escalonado un mulato de rostro lívido. Tirita. Los recios pies mueven el piso de jira. Entra al único cuarto del rancho, y tantea con cuidado. Una mujer respira pesadamente. Sale otra vez al fogón y acerca la mecha de un candil al fulgor azulado del almendro, que arde con un ronquido. Volviéndose hacia la noche, llama:

—Rita...

La muchacha es de cutis más claro, más lívido quizás. El pelo mojado cae en mechones sobre el rostro cruzado por la cicatriz de una vieja “picada de bejuco”. La niebla ha

envuelto el rancho. Coronel duerme apelotonado bajo el fogón. El mulato Anselmo sonríe al contemplar el sueño inquieto del perro. Debe soñar, reviviendo una aventura desenfrenada de cacería. Puede, a lo mejor, estar soñando con Tana, la puerca parida. Esa mañana corrió tras de ella, haciéndole sangrar las orejotas. Tana, con los ojos verdosos de furor, aplastó el espinero de la quebrada defendiendo las pelotitas enlodadas de los lechoncillos. El mordía, mordía enloquecido por el sabor acre de la sangre. Anselmo apareció con unos "gajos" de guineo maduro y le dio de plano con el machete. Dolorido, se retiró a media loma y desde allí le ladró con desconfianza a Tana.

Coronel, despierto, parpadea lleno de gozo. Un aroma de carne frita flota en el rancho. Se acerca al fogón. Apaña en el aire un pedazo de manteca de cerdo. Caliente lo devora. Menea la cola. Anselmo ríe bajito. La chola de cuerpo cuadrado y piernas manchadas de lodo sonríe también. A la luz del candil los dientes brillan blancos, perfectos. Anselmo se levanta y trastea en el cuarto. Una punta de luz baña el camastro. Obedeciendo a un impulso irrazonable se acerca a la cama:

—Mama.

Respira la mujer con un estertor desgarrado. A pesar del frío y de la lluvia, un sudor pegajoso baña la frente de la durmiente. Casi en voz alta dice:

—Ta jumada.

Sale del cuarto con una muda seca de ropa. Volviendo la espalda a la chola, se desnuda. El vello oscuro del vientre brilla en la luz amortiguada del tronco prendido. Ella se aproxima y contempla sonriendo el vientre del muchacho. Se desnuda. Hábilmente, escamotea los muslos lívidos. Comen bajo el rumor constante del aguacero.

—Rita, el río lavó el maizal de mama.

Cesa de masticar la chola. Vuelve la vista con inquietud hacia el cuarto.

—Mama es buena.

Camina, sin embargo, con precaución. Alcanza un “tulo” de agua. Bebe y se enjuaga la boca llena de grasa. Mirando la niebla espesa, orina. Desde lejos suena un chaparrón. Sube amenazador hacia las cordilleras.

Apaga la luz del candil y se acuesta al lado de la chola. Coronel gruñe tratando de escudriñar la noche. A pocos pasos de él, una fuerza de origen misterioso estremece la superficie movable del piso. Atemorizado, se aplasta gimiendo contra la tibia pared del fogón. Un malestar viscoso le camina en las tripas. Cosas vagas, imprecisas como la noche misma, se apoderan del terror oscuro del animal. Parado en las cuatro patas, se estira como un arco y vomita el pedazo de cerdo. Vuelve a gemir, desolado.

— ¡Perro pendejo!

Calla Coronel. Brilla la luz inquieta de un fósforo. Anselmo se acerca y prende el candil. Coronel lo contempla con ojos llorosos.

— ¡Cómetelo!

El perro se echa con humildad. Levanta sus patas delgadas de monteador.

— ¡Pendejo!

Obediente, se traga el pedazo repulsivo.

— ¡Abajo!

Baja Coronel al tambo. El viento silba colérico en las cañazas del pantano. Anselmo apaga la luz.

—Rita— llama.

La chola se acerca.

—Rita, el río se va a botar.

Como hablando para sí, agrega:

—Tana parió ocho lechones.

Rita le acaricia el rostro con sus manos ásperas. Cierra Anselmo los ojos. Bueno el calor de la hembra, buena Tana tan paridora. Cosas verdaderamente agradables, pequeñas o

grandes, como la mujer y la puerca de vientre fecundo, sin embargo, importantes, preciosas para la existencia de los mulatos. Lleno de ternura, el muchacho se abraza con fuerza a la mujer. ¡Llueve!

* * *

Se diluye el grito de los babillos en el pantano. La furia del aguacero se aleja, camino de las hondonadas y, con el pujido del río, crece el canto de las ranas. Los juncos abren paso a los babillos que regresan a sus madrigueras. Al borde de la montaña ladra Coronel, animado por los gritos de Anselmo. Rita, la chola joven, se peina las crenchas brillantes. Una mujer sale del cuarto y mira con ojos embotados la figura de la chola peinándose. Sin decir palabra, se acerca al fogón.

Rita se incorpora, escuchando con ansiedad el ladrido lejano de Coronel. Llena de timidez, murmura:

—Buenos días, Ino.

Sin volverse, saluda la otra:

—Buenos días, Rita.

El rumor del río pesa entre las dos, hinchado, profundo. Presa de repentina cólera, se vuelve Ino:

—¿Te habeis juntado con Anselmo?

La violencia del rostro disminuye ante el silencio humilde de Rita. La vieja está conmovida y termina:

— ¿Por qué, Dios Santo, por qué?

Cae, en las lomas más lejanas, un árbol gigantesco. Rita responde con voz clara, acercándose.

— Acaso no es hombre, pues.

Ino se encoleriza:

— ¡No es eso, carajo!

La chola baja del rancho y contempla el cielo, sin sentir la fría llovizna que se mece entre los árboles. El ladrido de Coronel se acerca hasta la quebrada, transformado en un gruñido de pelea. Al poco rato sube Anselmo la loma cargado de un caponcito, chapoteando en la vereda de lodo rojizo. De lejos le sonrío. La madrugada está llena de cantos de gallo. Rita levanta otra vez la vista y contempla el cielo, las serranías. En el bajo Coronel le aúlla a la mañana triste. Tristeza de perro flaco, erizado, friolento.

— Mama, la quebrada se llevó el maizal.

Ino se obstina en un silencio hurafío. Entra al cuarto, y, frente a un espejo, se peina la lana canosa, reseca como nido de comején. Los alaridos del caponcillo llenan de rabia a la mulata. Busca en un baúl y saca un frasco de aguardiente.

Como un río de lava el licor enciende las entrañas de Ino.

Piensa en Anselmo, en la autorización que le arrancó para celebrar una fiesta, ella que tenía un sentido tan severo de la economía. Pero hacía días que andaba con la cabeza trastornada, martirizada por un presentimiento sombrío que se esforzaba por desechar. Lo cierto es que accedió al deseo de Anselmo, solamente porque de un tiempo para acá lo sintió cambiado, rumiando a todas horas una preocupación que lo alejaba en una angustia de palabras obscenas y de exclamaciones injustas, excesivas. La madre asistía con miedo al despertar impetuoso del mulato. Empezó por esconder su sexo de muchacho cuando, terminada la faena del día, se cambiaba de ropa. Hurtaba a la vista de Ino su vientre plano, de vello dulce y suave como el plumón del grullo.

Con frecuencia lo miraba en el maizal, entre las hojas temblorosas del arrozal, erguido en su gesto gracioso de saltamonte, con el trasero negroide tirado hacia atrás, contemplando embelesado las figuras caprichosas de las nubes.. De pronto sonreía a una idea íntima y dilatada como el resplandor del cielo.

Ahora está allí, actuando como un hombre hecho y derecho, sacrificando un animal para festejar a Rita, la chola de cutis lívido y de sonrisa ingenua.

La mujer se restriega con estupor las mejillas que el aguardiente dejó insensibles, flácidas como la piel del vien-

tre de Tana. Acerca el espejo y se contempla los ojos. Feos, amarillentos, ojos de malárica. La visión se deshace en un río de lágrimas. Como un rosario inacabable repasa recuerdos, aferrada a un sentimiento de profundo desaliento.

Años y más años de frustración, cargados desde que era pequeña. La imagen de los padres se diluye en la noche del tiempo y tan solo queda, disuelta en la distancia, la niñez, como un comienzo hacia desventuras más amargas que la soledad, las palizas excesivas, el frío de los días de invierno en el jorón podrido, la compañía estremecedora de alimañas asquerosas. La madre murió primero. El padre pereció en un baile, trabado en una estúpida riña de machetazos. Ya ella estaba crecida, y quedó sola en su rancho. Zocolaba pedazos de la loma y sembraba maíz, arroz, frijoles.

¡Parecía todo tan lejano! Una vez, un indio la aguaitó mientras se bañaba en la quebrada. Le rajó la cabeza de una pedrada. El maldito se vengó después con una calumnia. Pasándose las manos por el pecho, decía:

– ¡No tiene na, cuñao. Tabla como tú, cuñao.

De allí nació la calumnia, y ella se guareció en la soledad, llena de odio para con las gentes del poblado.

En cierta ocasión subía un remanso del río. Varias mujeres se bañaban desnudas. Llena de horror, miró cómo todas se tapaban apresuradamente. Viró la canoa y regresó llorando con desconsuelo, perseguida por los gritos vibrantes de las mujeres:

— ¡Marimacho! ¡Marimacho!

Muchos años pasaron. Continuó en la loma, sola, con la lluvia, el grito del viento que sacudía las cañazas, los babillos, la quebrada de Shubsco. Shubsco pasaba en el bajo, lamien- do la loma con un acento limpio de peñas, de aguas cristali- nas. Shubsco era un recuerdo amable de la juventud. Aún corre sobre su lecho de rocas. No se sabe en dónde nace. Quizás no nace, sino que, simplemente, corre filos, hondonadas, lomas. Viene de muy lejos, y posee bellos arenales hirviendo al sol, agua limpia de las montañas, refle- jo de sol entre el follaje espeso. Las voces del monte pare- cieran reunirse y decir: el agua Shubsco, el sol Shubsco, la peña Shubsco.

Y de noche. Es un largo y suave gemido en la espalda oscura de la montaña. Entonces la luna, embellecida por las hojas, por el centelleo de los platanillos, por el canto de las cigarras, llega a Shubsco, humo plateado en el tronquerío, como si en las noches pobladas del grito lastimero de los animales ardiera el hojarascal con llama lívida, ultraterrena. Y claro, el milagro: la luna Shubsco. Remansos con peces deslumbrantes, peñas gorgoteantes. Animales nocturnos de ojos saltones, poseídos del terror fósforescente de la luna. Y Shubsco, corriendo eternamente limpia, un suave y largo gemido en la espalda oscura de la montaña.

Condición desgarradora de mulata, o en un sentido más dramático, más doloroso, condición de mujer. De noche se bañaba desnuda en Shubsco. El agua pulida de la quebrada

refrescaba el cuerpo agarrotado por el trabajo del día. Sentada en un tronco, contemplaba el agua encendida por la luna. Un dolor sordo rasguñaba en el hondón de las vísceras, y el canto nocturno de las cigarras musitaba cosas extrañas con una claridad alucinante: INO... INO... SOLA... SOLA...

Pasaba el tiempo inexorablemente. Episodios sueltos del frijolar que se renueva todos los años, la creciente que arrastró el platanal, cosas importantes que se proyectan en la conciencia y entran días, meses, años. Los acontecimientos de mayor significación son a veces predecibles, por esa facultad de presentimiento y de auto-sugestión que poseen los solitarios. Se sienten venir, entre la voz del río, entre los gruesos troncos del bosque. Llegó así Antenor Rodríguez, un forastero de rostro sombrío, envuelto en una aureola inquietante. Desde el bajo saludó y pidió permiso para subir al rancho.

— Me llamo Antenor Rodríguez, a su mandar.

Habló un rato largo. Era ya de noche cuando bajó al camino y se perdió en la oscuridad, agobiado bajo el peso de su historia sórdida de palanquero.

Volvió con frecuencia a charlar de anochecida. Hablaba siempre de los manglares y de la vida triste de los bogas. En las altas horas de la noche, los manglares murmuran cosas misteriosas. Los hombres que cruzan los esteros salados, bajo la brisa y la lluvia, sienten cantos de gallos en lo más

espeso de los pantanos. En ocasiones es peor. Gentes de cuerpo peludo avizoran el manglar, aupándole a perros con ojos de fuego. Lejos, muy lejos, se escucha el galope desenfrenado de una cacería.

Una noche trajo un niño: Anselmo. Contó que la madre pereció cuando trabajaba en los cacaotales de la compañía. Una viborilla “mano de piedra” saltó de una horqueta y le mordió el rostro. El veneno hinchó la cara hasta el punto de que los ojos se hundieron en los pliegues monstruosos de los párpados y la infeliz se perdió en el cacaotal inmenso. Dos días después el vuelo de las nonecas dio noticia de la tragedia.

Ino estrechó al pequeñín con ternura. Cerrando los ojos, evocó la imagen de una mujer tropezando y cayendo en la soledad de un cacaotal, enloquecida por el zumbido de los grillos y las moscas.

Esa noche durmió con la criatura a su lado. Más adelante, Antenor Rodríguez durmió también en el rancho como dueño y señor. Apasionada, renovando sensaciones y sentimientos, estrechó contra su pecho la cabeza del hombre amado.

Antenor Rodríguez se fue un día sin despedirse, sin decir una palabra, sin una sombra de remordimiento en la cara sombría. Se marchó a los cacaotales a contar la vieja historia de los manglares, empujado por su vocación de palanquero vagabundo.

Al principio, trastornada por la soledad, bajó a las plantaciones en pos de la huella amada de Antenor Rodríguez, disuelta en la penumbra de los aguaceros tediosos, entre los campamentos que tiritan un frío cárdeno de malaria a la vera del ferrocarril. Conoció de los jornales míseros, de la angustia de sentir el horizonte aprisionado por la simetría de la plantación, del abrazo acre de los peones embrutecidos por el alcohol y las privaciones. Antenor Rodríguez se perdió para siempre, y sólo le quedó a ella el regusto salvaje del licor.

Oscuramente presentía una amenaza en el abrazo de los peones. Todos estaban llenos de pústulas. Sin embargo, sumida en el torbellino del alcohol, miró con indiferencia cómo el cuerpo se le cubrió de escoriaciones repugnantes. Hasta que un día, vencida por la fiebre, fue trasladada al Hospital, y quedó sometida a un largo y doloroso proceso de curación. Cuando salió, recogió a Anselmo y regresó a rehacer el rancho podrido. Allí vivieron años, años...

—Mama, ya está listo el puerco.

Devuelta a la realidad, sale Ino del cuarto, todavía con el sabor amargo de los recuerdos. El aguacero estalla en la selva y el rastrojo. Anselmo mira con aprensión los ojos turbios de la madre. Lleno de disgusto se lamenta de la lluvia. Rita amasa el pan para los invitados. Lluvia todo el día. De atardecida, linternas y faroles desembocan por los caminos anegados. El baile se enciende. Un olor acre sale de las axilas de los mulatos.

El fuego del guarapo levanta el alarido del acordeón, la violencia del tambor pariendo golpes bajo los dedos de un negro ebrio.

Sentada en un rincón apartado, Ino contempla la marea salvaje de la gente. Algo turbador atrae su mirada. Rita baila pegada a Anselmo. Una venda sucia, atada en una de las piernas de la muchacha denuncia la presencia de una úlcera. Cerrando los ojos evoca la visión tremenda del hospital. Dando traspiés, Ino se para y entra al cuarto. Una llamarada de locura le arde en las sienes.

Desde la puerta de la habitación llama a la chola. Hacinados en el piso, duermen los hijos de las mulatas que bailan. Rita se acerca. Acercando el rostro, desfigurado por la embriaguez, increpa a la chola:

– ¡Perra podrida!

Una navaja barbera pasa como un relámpago sobre el vientre de Rita. El estruendo del acordeón apaga el alarido de la chola y el brillo maligno del acero continúa abriendo surcos de muerte en la carne morena. Anselmo aparece en la puerta. Con un grito de niño, igual que antaño, llama:

– ¡Mama!

Por los oscuros caminos del monte y de la lluvia se alejan, espantados, las linternas y los faroles. Sólo gime el viento en las cañazas del pantano. Llueve de nuevo el cielo

triste de diciembre. Angustiado, desamparado, Anselmo repite con el mismo tono de antes, de siempre:

—Mama. . . .

1945.

EMBRUJO DE NAVIDAD
(Primer premio del Concurso del Cuento de Navidad
de "La Estrella de Panamá" -Año de 1947)

"Los hombres perecen
porque son incapaces
de unir el principio
con el fin"

Alcmeón de Crotona.
Fragmento Núm. 2.

—Hoy, a tantos años de distancia, hermano, estoy lleno de alegría, vuelvo a sentir en esta Navidad, como en las anteriores, el deseo de invocar el sentimiento de gratitud que me inspira el aniversario.

Sube, en intensidad, la fiesta. La ciudad ha desembocado en la avenida central, en los bares brillantemente iluminados. Los dos amigos, toman, conversan en voz baja. El otro contempla con ojos de interés a su compañero y dice:

—Estoy sorprendido, Claudio. Has sido siempre tan reservado en tus cosas, que esa euforia y esa manifestación deben forzosamente de esconder un secreto muy personal, ligado, en alguna forma, a la Navidad. ¿Cómo es tu

Navidad, hermano? La mía es apenas recuento, presencia del pasado. Por eso siento esta noche la atracción del alcohol. No debiera ser así. Tú sabes que tengo un hogar y mis hijos, mi mujer, me esperan en casa. Lo que pasa es que estoy repleto de nostalgia y de cosas irreparables.

—No, hermano. Tu Navidad tiene el mismo sentido de mi Navidad, de la de todo el mundo. Es una fiesta del recuerdo, y es por eso que perdura. Todos estamos llenos de recuerdos. Frente a ellos nos queda, desgraciadamente, la realidad más o menos sórdida del presente. Hace muchos años desentrañé el verdadero sentido de la Navidad y desde entonces amo su liturgia encantadora, su mecanismo de ensueño. En un día como hoy burlé una trampa del destino, y me encontré a mí mismo. Te voy a relatar, hermano, una aventura extraordinaria:

Piensa en un muchacho de veintitrés años. Acaba de desembarcar en su pueblo natal, una pequeña ciudad marina. Hace muchos años se alejó camino de una Universidad de Suramérica. Después del saludo conmovido de sus padres, en el muelle diminuto, sale a la calle y recupera de golpe la visión amada del pueblo. Las mismas palmeras, el mismo rumor del mar que sube los tambos hasta llenar de irrealidad el interior de las casas. Luego, al final de la calle, la casona familiar, un poco más vieja, imagen de amor y de recuerdo. Despacio, sube la escalera y es como si penetrara de súbito en el pasado. El olor indescriptible de las casas viejas le invade como un perfume largamente deseado y en

los dormitorios las cortinas de cretona se agitan con la apacible, invariable brisa del mar.

Sus padres lo rodean acosándolo a preguntas, y él comienza a revivir en tono bajo su historia de estudiante. Poca cosa, en verdad. Solamente aquellos años largos de espera, de tensión, prisionero de la disciplina de los estudios. La nostalgia que se le infiltraba como un veneno de efectos muy lentos, ahogándolo en la contemplación del mundo interior. Contó de las noches inacabables revisando recuerdos queridos. El pueblo con su paisaje, el mar, el color inolvidable del cielo, la llovizna lagrimeando en el techo de la casona. Visiones y emociones de la infancia, esa fuente inagotable que nutre a la nostalgia y que hace más abrumadora la sensación de la distancia.

El padre, de cabello salpicado de mechones grises y de aspecto bondadoso, con voz profunda de barítono habló después del hijo, expresando su satisfacción por la feliz culminación de los estudios, invitándole a que reposara en el poblado unos meses hasta tanto hiciera planes definitivos para el porvenir. La voz amada del padre se deslizaba con una suavidad de río manso. Igual que en la infancia, el muchacho sintió que ella recobraba de pronto la facultad de calmar sus oscuras aprensiones.

¿Temor? ¿Aprensiones? El hijo escuchaba al padre sin hacer un análisis de las palabras que decía. En ese momento tenía validez únicamente el rumor magnífico de la voz, que penetraba como un sedante en la cavidad del cerebro; y

todas las visiones y confusos sentimientos inspirados por el regreso y la obligación de enfrentarse al porvenir, se deshacían bajo su influjo benéfico. Ahora, como en la niñez, acudía un miedo subterráneo, sin manifestaciones precisas, que nacía sin embargo de presentimientos muy sombríos, de deseos muy profundos.

Durante los primeros días, el muchacho no se cansaba de recorrer los anchos corredores de madera, las estancias numerosas de la casona. En una de esas correrías se tropezó con la escalera que subía al attillo, teatro de los mejores momentos de su pasado. Comenzó a subir, renovando una emoción antigua. La compuerta le obligó a un esfuerzo violento, y, al ceder, le devolvió un mundo disuelto por los años de ausencia. Viejos juguetes inutilizados, un retrato descolorido de su niñez con una inscripción de manos de su madre. Leyó, sonriendo: "Claudio, ocho años". Y, sobre todo, libros, muchos libros de aventuras, de grueso y esponjoso papel, cubiertos de polvo. Sentado sobre un baúl, pensó largamente en el pasado, en el presente, hasta sentir que aquellos años de ausencia pesaban como un paréntesis despiadado. Atrás quedó el mundo encantado de la infancia, los héroes de la literatura infantil, la ternura de la inmensa casona repleta de crujidos y recuerdos. Ahora, ligado fatalmente al presente, el porvenir, esa palabra oscura que era el resumen de toda su perplejidad.

Pasaban los días con una celeridad que sorprendía al recién llegado. Era a veces el sol el que relumbraba esplen-

doroso sobre el mar, de una transparencia que producía vértigos. En aquel abismo de cristal azulado se reflejaban las nubes del cielo, nadaban peces veloces, anguilas de vientre plateado. Sin embargo, había días de un sombrío color gris y la superficie de la bahía se enfurecía ante las ráfagas del viento del Sur, cargado de agua, gritando sobre los penachos de las palmeras.

Frente al viento del Sur la piel se erizaba y los nervios vibraban al compás de su mensaje impresionante. Claudio abandonaba el abrigo de la casona, obedeciendo a un conjuro helado, y caminaba por las calles de la pequeña ciudad, dándole la cara al viento y la lluvia, rebosante de palabras de violencia. El viento las recogía, las disparaba junto al vuelo vacilante de los pájaros marinos.

Regresaba el sol y se desvanecía en la distancia el rumor en fuga del viento del Sur. Era desgraciadamente muy pequeña la tregua y la inquietud volvía a hervir como una marea. En vano la madre lo contemplaba con sus húmedos ojos de miope, hablándole en un tono que le partía el corazón. Las raíces de su lucha interior estaban afincadas en cosas que la vida de la pequeña ciudad marina entremezclaban y desdibujaban, vinculándolo a la infancia y a una vocación antigua. El misterio del atillo, lleno de libros, de cosas viejas, lo ubicó repentinamente frente a la dimensión secreta de su vocación, y sólo quedó una salida: la creación literaria.

Pasaba el tiempo y la angustia crecía. Los padres del

muchacho lo miraban a hurtadillas, dolidos de su extraña actitud, como si el hijo se abocara a un peligro desconocido. Hasta que llegó el incidente tremendo.

* * *

Paseaba Claudio con frecuencia por el pueblo y sus afueras a altas horas de la noche. Las calles, sumergidas en la luz fantasmal de la luna, con sus casas viejas; el mar, la costa, las palmeras, eran fuente de un regusto muy personal. Además, había una difusa y misteriosa correlación en el tono gris de la noche marina y su estado de ánimo. En uno de aquellos paseos encontró a una mujer. Desde ese momento, el panorama del pueblo cambió para Claudio, sintiéndose caer hacia un espacio insondable pleno de frases de súplica, palabras de ebriedad.

La naturaleza del primer encuentro quedó envuelta en un clima de penumbra lunar. Ahora, después de largo tiempo transcurrido, se podría analizar con mayor imparcialidad la presencia de Clarisa, su breve y apasionada existencia en el mundo físico. Pero el primer indicio de su proximidad nació en el descubrimiento de la casa reparada y recién pintada, allá en lo más profundo de un patio oscuro.

Lo de la casa fue insólito. Situada en una de las calles más apartadas, desde que Claudio era un niño había llamado poderosamente su atención. Abandonada siempre, sirvió indistintamente de cuartel de soldados, de buque pirata, de selva plagada de peligrosos salvajes para la chiquillería.

Aquel sitio era eje y centro de toda la vida infantil del poblado. Además, nunca se supo que la casa tuviera propietario.

Claudio, embargado por la curiosidad, trató de obtener algún dato concreto sobre la casa reconstruida y sus misteriosos moradores. Nadie supo darle el menor indicio que le permitiera aclarar el enigma. Salía solo de noche y recorría de arriba abajo la calleja, observando la casa. Daba una impresión de huraño hermetismo, siempre cerrada y lejana, sin que de su estructura salieran resquicios de luz, o, siquiera, rumor de conversaciones. Más adelante, llegó el encuentro propiamente dicho, con ocasión de uno de sus largos paseos en las afueras del pueblo.

Sentada en el tronco de una palmera, muy lejos de las últimas casas, estaba sumida en la contemplación del mar. Su traje blanco, resaltaba sobre un marco de rocas. Le produjo una impresión parecida al miedo. Despacio, se acercó y saludó en voz alta:

—Buenas noches.

No pareció demostrar inquietud por la presencia de Claudio. La sombra de las rocas escondió su rostro a la mirada ávida del muchacho que, dominado por una emoción desconocida, se aproximó. Bajo el retumbo acompasado de las olas conversaron apaciblemente.

Casi de madrugada, la mujer manifestó deseos de regre-

sar. Dejando la sombra protectora de las rocas, se paró frente a la luna y Claudio tuvo oportunidad de contemplar sus ojos. Eran verdes y lo miraban quemando un fuego estremeedor, de apasionada intensidad.

Cuando la mujer se detuvo frente a la casa misteriosa, Claudio no experimentó extrañeza. Casi que lo esperaba. Se despidió en voz baja, perdiéndose en la penumbra de los árboles. Recordando algo, llamó el muchacho:

– ¡Oiga!

La mujer regresó. Mirando con inquietud hacia la casa sumida en la oscuridad, contestó a la pregunta de él:

– Me llamo Clarisa.

Sin ruido, se fue. En vano esperó Claudio en la calle con la esperanza de sentir ruidos o luces en la casa. Nada ocurrió. Un silencio y una oscuridad ominosos le hicieron alejarse con los vellos de la nuca ligeramente erizados.

* * *

A partir del primer encuentro, se siguieron viendo casi todas las noches. De lejos, en la calle pobremente iluminada, Claudio distinguía su figura indecisa, esperándolo invariablemente. Sin embargo, aquella mujer estaba llena de silencios, defendiendo obstinadamente el secreto de su existencia, y con él, el misterio de su llegada al humilde pobla-

do. Una noche, apremiada por las preguntas del muchacho, habló un poco de su vida.

Obedeciendo a mil impulsos contradictorios, había iniciado desde hacía años un largo peregrinaje. Frente al paisaje deslumbrante del poblado con su bahía, sus islas, se sintió cerca de una meta de paz, deseada y presentida desde los años de su adolescencia. La humilde ciudad marina poseía un aire bello de cementerio, claramente dibujado en la arquitectura agonizante de sus casas. Esa luna cargada de fantasmas y de sombras, bajo el cielo tachonado de estrellas, parecía el fanal mortuario de un inmenso funeral en el que oficiaban la voz ronca de los caracoles y los peñascos batidos por las olas. Ese siniestro, terrible viento del Sur, era la voz del mar rezumante de amenazas. El pueblecito, era escenario extraordinario que resumía el fenómeno curioso de un presente lleno de brumas, de una actualidad dudosa y poética que se confundía con el pasado.

Clarisa había pasado los treinta años. Quizás de ese solo hecho provenía la atracción irresistible que ejercía sobre la juventud de Claudio. Alta, de cuerpo delgado y largas piernas, era de una belleza un poco desmayada, curiosa impresión que produce a veces la naturaleza linfática de ciertas mujeres. Con el tiempo dieron en la costumbre de dar largos paseos en canoa, siempre de noche, condición que anteponía la mujer, como si temiera a la luz del día o pretendiera esconderse de una amenaza que Claudio sentía brotar como un hálito siniestro de la casa cerrada. Una noche de luna,

sentados frente al mar en un islote deshabitado, la mujer, acercando los labios, le besó la frente y dijo una palabra:

— ¡Predestinado!

De momento Claudio no alcanzó el sentido subterráneo e inquietante de la palabra. Con ojos entrecerrados, de cara al cielo, seguía el balanceo de un cocotero mecido por la brisa. La palabra lanzada flotaba a la deriva en el cerebro de Claudio, acercándose con lentitud hacia la total comprensión, llevando en su oscuro sentido una oleada de sorpresa y de temor. Repentinamente consciente, levantó la cabeza y miró de hito en hito los ojos verdes de Clarisa. Preocupado, inquirió sobre el significado de la palabra. En vano se irritó ante la actitud hierática de ella, encerrada en un mutismo que la transportaba a una distancia vertiginosa de él, del islote solitario, del suave balanceo de la palmera. Regresaron en silencio a la ciudad. De lejos guiñaban los focos eléctricos en las aguas aceitosas de la bahía.

Diciembre se revelaba en el tono gris del mar. Casi todos los días una llovizna helada lagrimeaba en la casona, en el poblado, terminando con los paseos nocturnos. Además, el muchacho se sentía ganado por un deseo de soledad. Desde la noche en que Clarisa dijo aquella palabra absurda, se esforzaba por rehuir su compañía. La pasión de Claudio entraba en otra etapa extraña, llena de reservas, en la que alentaba una sorda inquietud.

Estando ya muy próxima la Navidad, un cielo y una

luna maravillosamente limpios alumbraron la noche del poblado, y Claudio se plegó al deseo de renovar en compañía de Clarisa el redescubrimiento del paisaje. Dirigió sus pasos hacia la apartada calleja. Con sorpresa se puso a contemplar la casa. Parecía haber envejecido de pronto, como si la pintura hubiese sido lavada por la lluvia frecuente de aquellos días. Llamó repetidas veces, con el corazón oprimido. Entre las sombras densas de los árboles distinguió la silueta esbelta de Clarisa, que acudía a su llamado.

—Clarisa, la casa, ¿por qué está más oscura esta noche?

Clarisa volvió el rostro hacia el patio. Claudio siguió su mirada. La casa relumbraba bajo la luz de la luna, blanca, remozada.

Luego, en plena bahía, con un sentimiento de irritación reconoció Claudio que la sola proximidad de la mujer le hacía experimentar una sensación de intensa felicidad.

A eso de media noche una brisa desapacible encrespó la superficie tranquila de la bahía. Densos nubarrones se precipitaron desde la línea del horizonte, corriendo bajos, veloces. La noche se cerró, las olas comenzaron a crecer en tamaño, una fosforescencia lívida en el mar anunciaba la proximidad de un violento temporal. Claudio enderezó la canoa hacia una isla cercana. La lluvia cayó de golpe, vaciando el cielo rasgado de relámpagos. Se varó la canoa en una playa. Estrechamente abrazados subieron una pendiente y divisaron una choza. Claudio reconoció el sitio.

Era la vivienda de Jonatás, viejo pescador casi ciego que vivía en huraña soledad en una isla del archipiélago. Su cara vieja, alumbrada por la menguada luz de un candil, se arrugó en una sonrisa de bienvenida cuando Claudio musitó su nombre. Clarisa, llena de horror, se estremeció al mirar los ojos de Jonatás, cubiertos de frías cataratas. La mirada del pobre viejo tenía una calidad de agua cenagosa, de pantano de la selva.

El viento huracanado inclinaba la cabeza de las palmeras. Cerca de la choza, el mar bramaba en las rocas de la playa, como si el demonio de la tempestad hubiese roto la barrera del archipiélago. Claudio y Clarisa, impresionados, miraban de cerca al viejo pescador acurrucado sobre unas redes inservibles, sonriéndole a la noche. Su cabeza de gárgola se mecía frente a los elementos desatados, perdida en un monólogo de pesadilla. Palabras misteriosas brotaban de sus labios: tal parecía que la tempestad despertara en su interior el eco de conversaciones antiquísimas, de fantasmas y naufragios perdidos en la noche del tiempo. Su rostro de leyenda se hundía ante la mirada asombrada de los amantes en un trance brumoso. Fue entonces que ella habló. La historia de su vida creció en la violencia de la tempestad:

Nacida en un pueblecito de Suramérica, vivió los años primeros de su vida sujeta a la férula de unos padres que la amaban y que trataban de complacerla hasta en sus menores deseos; pero que se movían asfixiados por los prejuicios de un ambiente pequeño burqués. Algún tiempo después se trasladaron a la capital, encontrando, también en la gran

ciudad, las mismas manifestaciones de mezquindad espiritual y de hipocresía colectiva. Entonces inició sus estudios superiores, dominada de un ardor indecible. "Claudio, es preciso que comprendas. Sé que en otra forma mucho más profunda, extra-intelectual, extra-racional, comprenderás. Lanzada sobre el mundo, ávida de saber, el mundo me golpeó. Todas las cosas grandes y chicas del Universo, las vidas angustiadas de mis prójimos, se abocan sobre mi ser, amenazando mi propia intimidad, desintegrándome. El goce que las expresiones del arte y del conocimiento me produjeron, las regiones vaporosas que habité cuando recurrí al recurso desesperado de la narcosis, me fueron arrebatados por la fruslería y la incompreensión que me rodeaban como una niebla sofocante. Fue en vano que me refugiara en la soledad. Aun allí, en ese recinto íntimo, me llegaban las sugerencias del mundo exterior. Después, los viajes que realicé al comprobar el fracaso de mi soledad, la visión de los paisajes siempre renovados, los abismales placeres del lecho, comprendía que los disfrutaba a expensas de mí misma. Comencé a sentir voces, mensajes oscuros desde lo más profundo del cerebro. Frente a las montañas, frente a los ríos y los mares foráneos, escuchaba una llamada de plomo que me urgía a hundirme en la nada como una forma definitiva de liberación. ¡Era la invitación al abismo! Ese deseo ha guiado mis pasos a través de todos los climas y los paisajes. Frente a mi búsqueda ciega se abre ahora la aventura suprema. Tú formas parte de mi vida, Claudio, y si muero, morirás en mí. Lancémonos al abismo, Claudio".

Claudio meditaba sobre el sentido de su propia búsqueda

da. Lleno de terror se sorprendió perdido en la trama de un razonamiento de locura. ¡Es tan áspero el camino de la realización personal! ¡Se siente tan lejana la creación artística como una conquista de la conciencia que se pierde en monólogos nocturnos, llena de recuerdos, de sentimientos confusos, escrutando el futuro, el pasado!

Empujado por un sentimiento de náusea profunda, formuló un pacto solemne de muerte. Ha cesado de llover y el cielo, lavado de nubes, está azulado por la luz de la luna y las estrellas. Despuntaba el alba cuando abandonaron la choza de Jonatás. Volviendo la cara, el muchacho miró una vez más la figura del viejo pescador dormido sobre las redes. La brisa apenas si rizaba las palmeras mojadas.

* * *

Diciembre continuó nublado, envolviendo en la tristeza de su paisaje marino el mutismo cargado de adioses del muchacho. Crecía en él un sentimiento un tanto crispado de ternura para con los objetos de la casona y en particular sobre la madre y el padre. En forma disimulada inició el elaborado proceso de la despedida, empezando por el altillo. Frente al mundo de la infancia le llegó la sensación de un viento glacial, que subía, desde lo más escondido de las entrañas, anticipando en su vientre la noción de un vértigo supremo.

Llegó el 24 de diciembre. Claudio rehusaba encontrarse

con Clarisa. Esos días pertenecían por entero a su despedida, y aunque no se había precisado la fecha del suicidio, presentía que el próximo paseo nocturno daría oportunidad para que se realizara la determinación tremenda.

Anocheció aquel día y la madre de Claudio, atareada con los preparativos del festín de Noche Buena, estaba llena de una alegría que colmaba de violencia al muchacho. Un gran trajín se sentía en la cocina. La criadita, una indiecita de risa fácil, recorría la casona con la cara encendida por la perspectiva de la comilona.

Su padre lo llamó desde la cocina. Lleno de turbación refrenó el impulso de huir aterrorizado. La madre, con un gesto de travesura, le entregó una moneda. Confusamente comprendió que sus padres le habían dado un encargo para el chino.

—Azúcar refinado, el que viene en paquetes de cartón.

Asombrado, se quedó un instante dándole vueltas en la palma de la mano a la reluciente moneda. Rompió a reír, y se alejó hacia las escaleras, con los ojos preñados de lágrimas.

En la calle Claudio caminó despacio. A lo lejos alguien silbaba una tonadilla pueril que le recordó la niñez. Obedeciendo a una tentación absurda, comenzó a silbarla en tono bajito. Poco a poco aumentó de volumen, la silbó regocija-

do, con todas sus fuerzas, caminando de prisa y sorteando los charcos del malecón. Un recuerdo lo clavó en seco, haciéndolo rebuscar en los pliegues más remotos de la memoria. Había, sí, un ritual de maravilla, vinculado a la obligación de hacer encargos cuando chico. Aquello regresaba con lentitud, arrancándole una sonrisa. Ya está. Decidido, saltó diez veces sobre la pierna izquierda. Caminó tres pasos. Cambió a la derecha saltando otras diez veces. Corrió entonces con un pie en el borde de la acera y el otro en el canal de la cuneta. Cerca de la tienda iluminada, casi gritó:

— ¡Tengo que practicar!

De nuevo en casa, se sumergió con deleite en la conversación de los padres y la indiecita. Su padre, sin perder su simpática dignidad, le llamó a un cuarto vecino, y sacando de un estante de cedro una botella y unos vasos de un juego desconocido, le brindó un trago. A hurtadillas leyó en el cristal del vaso una inscripción picaresca. Mientras brindaban en silencio, un rubor idiota coloreó el rostro de Claudio. Después sonrió, reconfortado, conmovido.

Regresó a sentarse sobre el primitivo banco de la cocina, escuchando sin fatiga la reposada conversación, sorprendido de experimentar interés por los hechos anodinos y corrientes que la provocaban. De manera inesperada, el padre, al abandonar la habitación, le ordenó que acompañara a su madre a la iglesia. El muchacho, rabioso, comenzó a formular una protesta apasionada; pero la

madre, en un tono dulce de reconvención, dijo sacando unas masas del horno:

—Date prisa que ya es tarde.

* * *

Brillaba la noche en todo su esplendor. Claudio caminaba al lado de su madre por las calles llenas de gente, rumbo a la iglesia. El coro, ya cercano, dejaba oír unos villancicos.

En el templo, el muchacho levantó la vista contemplando las naves engalanadas, turbado por el canto y el olor del incienso. Hincado sobre el altar, oficiaba el mismo sacerdote, un anciano de cabellos canos por quien sintiera gran cariño en su niñez. El peso de los años había hecho estragos en su pobre figura envejecida. De súbito experimentó el deseo de que el sacerdote se volviera y le saludara como antaño.

Aquel deseo vago comenzó a crecer en intensidad, a medida que el oficio avanzaba, hasta convertirse en una gran congoja. Su madre, llena de inquietud, le tomó una mano. En ese momento, el sacerdote se dirigía al púlpito, y Claudio crispó su mano. La mirada tranquila del viejo recorría las filas de los feligreses. Por un instante la posó en el rostro de Claudio. Sonrió al reconocer en el hombre de mirada llameante al chiquillo que, años atrás, llegaba con el corazón contrito a confesarle sus travesuras.

Claudio, radiante, sonrió a su madre. Un gran peso parecía haber caído de sus hombros. Sumergido en un clima de magia y de recuerdo, la vista del anciano sacerdote le hizo razonar bajo el influjo de una lógica deformada por la presencia de emociones muy antiguas. Y es que en el deseo de ser reconocido por el buen viejo, y que su conciencia formuló con tanta avidez, había la esperanza secreta de que él descubriera en su cara su ansia de salvación. Ante ese hecho, que constituía en verdad un subterfugio monstruoso, creado por el terror de Claudio, el sacerdote asumía el papel de guardián del destino y le forzaría a tomar una determinación en consonancia con su renovado deseo de vivir, tal como en los tiempos de su niñez, en que el viejo se declaraba en capacidad de leer las travesuras y los pecados en el rostro asustado de la chiquillería. El anciano penetró su mirada sin sentir la presencia y proximidad de la muerte. Claudio se sintió ganado por un sentimiento de gratitud para con el viejo sacerdote y el hábito de esperanza que llevaba consigo. Al día siguiente, hablaría con Clarisa, explicaría su cambio de determinación. Prisionero de la ceremonia religiosa, del ritual del festín de Navidad preparado con tanto amor por su madre, recuperó Claudio el sentido de la existencia que es, siempre, lucha interior, agonía y también esperanza.

En la puerta de la iglesia los esperaba su padre. A su lado estaba el anciano sacerdote, sonriente, efusivo. Tomándole las dos manos le dijo:

– Felices Pascuas, hijo.

Claudio suspendió el relato y el otro, lleno de curiosidad, preguntó:

—Y Clarisa, ¿qué fue de ella?

—Ahora viene lo extraordinario, lo verdaderamente increíble de aquella aventura. Al día siguiente fui a verla. Un sol espléndido alumbraba la calleja y confieso que a medida que me acercaba a la casa misteriosa, experimentaba una sensación de malestar, preocupado por el probable aspecto que tendría la casa sin que estuvieran de por medio la luna y la noche. Llegado frente a la cerca carcomida, el terror me dejó paralizado. Aquella casa era símbolo de la ruina más definitiva, en sus paredes podridas la madera tenía impresa la huella inconfundible del abandono y la soledad. ¡En aquella casa no vivía nadie! .

1947

UNA ACLARACION NECESARIA

(Primer Premio del Concurso del
Cuento de Navidad de "La Estrella
de Panamá" – Año de 1948)

(sobre una idea de
Tristán Solarte).

Panamá, 27 de Nov. de 1948

Señor Director de
LA ESTRELLA DE PANAMA
Presente

Señor Director:

Hace dos meses, el prestigioso diario que usted dirige publicó una noticia extraordinaria. Recordará que la información original, llegada por conducto de su corresponsal, apenas si dio mérito a una gacetilla, perdida en una página interior entre las afligentes contingencias de la vida y la política nacionales. Con un titular concebido más o menos en los términos siguientes, decía: "Viejo y meritorio maestro de escuela muere en circunstancias misteriosas". A continuación, se informaba que, en la ciudad de Bocas del

Toro, fue encontrado sin vida el señor Aristóbulo Correa.
La noticia, sin aventurar

comentario alguno, insinuaba la posibilidad de un suicidio al manifestar que el cadáver, completamente desnudo, apareció sumergido en una bañera que contenía agua de mar, y, verdadero detalle espeluznante, rodeado de grandes cantidades de carne de res en estado de putrefacción.

Esta noticia, repito, apresurada y pobremente redactada, pasó inadvertida para la mayoría de los lectores de su diario. Sin embargo, el asunto comenzó a crecer poco a poco en importancia. Primero fue una especie de cronicón folletinesco, escrito en el tono más repulsivo del mundo; en él, su corresponsal, pretendía ahondar en las particularidades que rodearon la tragedia. Después, viajeros llegados de tan apartada localidad, hablaron de sucesos y de hechos que terminaron por despertar la curiosidad de los habitantes de esta capital.

Quiero advertirle, señor Director, que no intento criticar la forma en que su diario cotizó, con un criterio auténticamente comercial, las circunstancias muy especiales de la muerte del señor Aristóbulo Correa, viejo y querido amigo mío, ni el hecho de que usted permitiera a sus redactores especular con excesiva crueldad y frecuencia en torno al suicidio de este meritorio servidor público. Simpatizo sinceramente con la tarea del periodista, y sospecho su responsabilidad frente al mundo de los lectores, fauna despiadada, siempre ávida de sensaciones fuertes. Pero

deseo referirme, sin embargo, a la actitud tendenciosa de su periódico al traer a colación un suceso lamentable de años atrás, con el que se comprometió el buen nombre de una bella región de nuestra patria. Me refiero al columnista de su diario que rememoró, a raíz de este doloroso incidente, una acusación de necrofagia formulada contra un indio loco. Debe recordar que el infeliz fue traído a la capital, cargado de cadenas; y que un conocido médico forense, con toda la clarividencia que exigía la situación y con el objeto de excitar apetitos incalificables en el pobre hombre, mordió la pantorrilla helada de un inquilino del necrocómio.

Expreso la esperanza, señor Director, de que usted posea la sensibilidad del caso, a fin de que aleje de su mente la idea de que mi posición es parcial, condicionada por mis sentimientos de nativo. No, señor. Lo único que cuenta en este caso es el prestigio de Bocas del Toro, encantador jalón del paisaje nacional, al mismo tiempo que el triunfo de la verdad. La verdadera verdad sobre la muerte de Aristóbulo Correa.

Digamos, para establecer debidamente el orden de las explicaciones, que yo lo conocía desde los años de mi infancia. De entonces data una corriente de simpatía que, con el tiempo, se transformó en afecto fraternal. A pesar de la notable diferencia de edades, nos sentimos muy cerca el uno del otro. ¡Pobre! Aristóbulo Correa era fundamentalmente bueno, puro y candoroso.

Pero, humano al fin, tenía una debilidad; un vicio si se considera el apasionamiento que gobernaba los hechos que en una u otra forma tenían relación con esa actividad. Había en él, por sobre todas las cosas, un pescador. Domingo a domingo alistaba sus modestos arreos, echaba al agua un bote destartado y se perdía entre las numerosas islas del archipiélago. Poseía una intuición y una habilidad milagrosas para la pesca. Muchas veces lo acompañé en sus incursiones, y con él me inicié en los misterios del arte. En esos momentos, verdaderamente felices, su voz, transformada, adquiría modulaciones de un encanto especial. Su rostro, su triste rostro aguileño y pensativo, reflejaba tal fuerza humana, que el espíritu participaba de un inevitable sentimiento de admiración. Era entonces imagen del hombre todopoderoso, triunfante sobre la fuerza de los elementos.

Pues bien, señor Director, ese inocente placer, ese único lujo que se permitía su carácter ascético, sencillo, fue la causa de su perdición. Estoy en capacidad de hacer semejante afirmación, porque yo tengo la clave del misterio. Cuando aún no me había repuesto de la impresión que me produjo su muerte, recibí una carta suya. Apelando a nuestra vieja y entrañable amistad, depositaba en mis hombros la difícil tarea de vindicar su memoria. Esa carta, verdadero documento de la angustia, reposa en mis manos, y se la transcribo parabeneficio de la verdad y de mi bella provincia natal. Conviene terminar para siempre con actitudes mentales que perjudican la realidad nacional. Es ridículo, grotesco, establecer una probable relación entre una cir-

cunstancia meramente geográfica como lo es Bocas del Toro en su conjunto, y la manifestación de hechos que, por su naturaleza, escapan a toda clasificación conocida. Por ello, señor Director, transcribo la carta reveladora de Aristóbulo Correa.

Dice así:

“Querido amigo:

Sé que voy a morir antes de que esta carta llegue a tus manos. He pensado largamente en ti, ahora que, viajero sin retorno, busco en la muerte la clave de mi propio destino. Dejo en ti la responsabilidad de trasmitir a mis paisanos, al mundo entero, la medida de esta angustia sin precedentes. He tomado esta determinación después de haber torturado mi cerebro por meses y meses, buscándole en vano un sentido o una justificación a mi espantosa tragedia. Quizás la respuesta no sea accesible al mecanismo demasiado elemental del razonamiento. Quizás cuando ya esté muerto, reintegrado al principio de todas las cosas, a los más remotos antecedentes de la vida y la muerte, logre romper el muro impenetrable de este misterio.

Es posible también que mi desaparición confirme los perversos rumores que desde hace tiempo circulan en este pueblo, tan amigo de asombrarse por cosas estúpidas, y que habrán de llegar algún día a tus oídos: que estoy completamente loco; que yo, solterón impenitente, mantengo en cautiverio, en la pobre casa que heredé de mis padres, cinco

o seis mujeres guaimés, a las que alternativamente prodigo las mayores muestras de ternura y las más refinadas crueldades; que devoro diariamente enormes cantidades de carne cruda; que he caído en las garras de la morfina y de la magia negra.

Esta carta, querido amigo, aspira a vindicarme. Yo sólo pido justicia. Creo tener derecho a invocarla, por los treinta años en que ejercí el magisterio con fervorosa y solícita eficiencia; por haber educado a varias generaciones de mis paisanos, entre los que se cuentan los ciudadanos más meritorios, distinguidos y normales de esta Provincia; por haber sido toda mi vida un hombre virtuoso, ejemplo para la juventud; por haberme mantenido alejado de los vicios y por no haber concebido nunca pasiones violentas o malsanas. Tú sabes, Raimundo, que todos mis pensamientos, mi vida misma, han estado siempre orientados hacia la pequeña escuela, a la que muchas veces miré envejecer y renovarse. También sabes que la única diversión que me he permitido en el trayecto de mi vida sencilla, aparte de alguna que otra aventurilla amorosa, inocente y sujeta a los límites apropiados que señala la profilaxis más razonada y objetiva, ha sido la pesca, elevada por mi disposición y habilidad natural a la altura de un arte. Tú, que tantas veces participaste de ese lícito placer en mi compañía, sabes que no exagero, que yo entré en conocimiento de todos los secretos de la pesca; que, además, cuando se posee suficiente elevación espiritual, ese placer, vinculado de manera cierta a las excelencias del paisaje, deja en el corazón un sedimento de amor por las fuerzas de la naturaleza, armónicamente distribuidas para

ser ponderadas y gozadas por los sentidos del hombre. ¿Quién me iba a decir, Raimundo, que esa inclinación tan pura, a cuyo amable y elevado encanto rendí mis escasos ratos de diversión, terminaría por acarrearme el desprecio de mis conciudadanos? Sé perfectamente que el relato que te voy a hacer habrá de parecerte de dudosa veracidad. Pero juro por Dios, por el recuerdo amado de mi madre, que los hechos que paso a describir, ocurrieron así para mi pérdida:

Nada en aquella mañana dominical, nublada y triste como tantas otras, me advirtió del cambio que iba a operarse en mi vida. Nada, ni aun las nubes curiosamente lilas del horizonte, me hicieron diferenciar aquella mañana de las anteriores. En esos momentos, pobre ciego, estaba poseído por la tranquila emoción de la pesca. Pasé, como de costumbre, frente al manglar de Solarte, sin sucumbir al llamado de sus aguas profundas, ricas en peces, en raiceros rumorosos y en conchas afiladas como navajas. Su antro misterioso, que tú has contemplado tantas veces desde lejos, me llena siempre de un sentimiento que linda en el temor. Además, tú sabes que en mi naturaleza nunca ha alentado el espíritu de la aventura, y que siempre he tenido el cuidado de rehuir las situaciones innecesariamente peligrosas. Pues bien: llegué a la altura del islote familiar, eché el ancla y me dispuse a repetir la fena de siempre.

La cosa anduvo despacio. Apenas dos o tres sierritas cayeron en el curso de unas cuatro horas. Un tanto desalen-

tado, me ocupé de mi frugal merienda, cuando un tirón violento estremeció el bote. El peso de la cuerda tuvo la virtud de revivir mi entusiasmo.

Aplicando lo mejor de mi ciencia, cobré con rapidez, temeroso de que la barracuda, muy abundante en esas aguas, me arrebatara la presa. Al llegar al extremo de la cuerda, noté con estupor un cuerpo negruzco, más bien pequeño, que se agitaba débilmente. Francamente intrigado, lo suspendí en el aire para mirarlo mejor. Dos ojos grandes, saltones, inexpresivos como los de un muerto, me contemplaron con fijeza vidriosa. Asombrado, recorrí con la vista su cuerpo deforme, rechoncho como el de un sapo, provisto de una cola que en sus extremos se bifurcaba en —no encuentro descripción mejor— dos penachos de plumas gelatinosas. Por un segundo interminable, largo como una agonía me horrorizó la sensación de reconocerlo, como si su llegada correspondiera a un hecho antiquísimo, perdido en lo más remoto de mis recuerdos. Pero un rápido examen de mi conciencia me tranquilizó. Con profunda repugnancia lo tomé por su cuerpo baboso, con el objeto de extraerle el anzuelo y arrojarlo al mar. Mis esfuerzos resultaron inútiles, pues el maldito se lo había tragado.

¡Cuán fácil hubiese sido terminar con la presencia del animal repulsivo! Un corte rápido con mi afilado cuchillo, y vuelta a la profundidad del océano. Pero no. Todo el mundo está lleno de hábitos incalificables, lastre de estupidez que entorpece el albedrío en los hombres. En semejante trance, tenía que imponerse mi severo sentido de la econo-

mía para hacerme pensar en aquel anzuelo, forjado por un herrero en acero de primera calidad, especialmente destinado a resistir la voracidad de las barracudas, sanguinarios animales capaces de partir el anzuelo más eficaz con sorprendente facilidad. Estremecido por el asco, corté la cuerda y deposité el pez en la lata que utilizaba para extraer el agua del bote, queriendo dar oportunidad a que fuera vomitado el precioso anzuelo. La sola idea de aplicar mi navaja a su vientre blando, me llenaba de náuseas. ¿Cómo serían sus entrañas gelatinosas? ¿Cómo el excremento de sus intestinos, elaboración horrenda de una digestión increíble, de pesadilla?

A eso de las cuatro de la tarde, decidí terminar con la faena de ese día aciago. Inútil decirte que no hubo premio para tantas horas perdidas. Nervioso, agitado, los peces pudieron arrebatarme el cebo cuantas veces quisieron. Una esperanza angustiada, irrazonada, de que la lata estuviera vacía, de que tal pez no existía, sino que todo había sido una jugarreta de la imaginación, me poseyó los breves instantes que gasté en llegar a la proa. Pero no; allí estaba el sapo, el pajarraco, el muerto; y, lo que es peor, aún conservaba el anzuelo en sus entrañas.

Cuestión de tiempo, me dije. Lo llevaré a mi casa y de hoy a mañana vomitará el anzuelo. ¡Loco, mil veces loco! Con ese razonamiento absurdo firmé mi propia sentencia de muerte, a pesar de que en realidad estaba dominado de un sentimiento de malestar, y una advertencia vaga me urgía a deshacerme del monstruo.

Llegado a casa, escondí en la cocina la lata con su habitante. Aquella noche dormí con sueño denso, atravesado de símbolos viscosos. Temprano en la mañana, me acerqué a observarlo. Nada. Aún estaba el animal con su trozo de cordel asomando en la bocaza. Pero un detalle me inquietó sobremanera. Me pareció notar que en el breve espacio de la noche, había aumentado de tamaño. Sus ojos indescriptibles me volvieron a mirar. Turbado, salí para la escuela.

Todo el día estuve poseído del recuerdo de su mirada. Las explicaciones de aquella jornada estuvieron llenas de incoherencias y disparates. Una cosa, una idea tremenda se había adueñado de mi cerebro, provocando una inquietud que en la tarde terminó por hacerme abandonar mis deberes con la intención estúpida de mirar otra vez al monstruo. ¿Cómo estaría? ¿Habría crecido? Próximo a la lata, me sentí presa de miedo abyecto. No. Gracias a Dios. No había aumentado de tamaño. Comencé a razonar con mayor tranquilidad, hasta sonreír de los temores de ese día. Observé con mayor detenimiento al pez, para convencerme de que era solamente un ser inofensivo, quizás un poco grotesco. Tomando unas migas de pan de la alacena, las eché ~~en~~ la lata. ¿Por qué le di alimento? Sin embargo, esa noche dormí apaciguado, con la esperanza de rescatar el próximo día, junto al anzuelo, el ritmo blando de mi existencia.

Lo que sigue es difícil de describir. Efectivamente, Raimundo, el pez creció durante la noche. Al otro día era tan grande que hubo necesidad de trasladarlo a otro reci-

piente. Renové el agua de mar y, por primera vez, fui especialmente a una tienda vecina y le compré un pedacito de carne. Desde ese momento, la operación de trasladar el pez a receptáculos cada vez mayores constituyó, día tras día, uno de mis pasos obligados, tanto como el baño matinal o el desayuno de soltero que cada mañana preparaba antes de salir hacia mis deberes docentes. La cosa, dicha con tanta sencillez, no da una idea de lo que en realidad estaba sucediendo. No, Raimundo. Basta con imaginar la sensación que podría producir un chapaleo permanente y ruidoso, saliendo de la bañera, único sitio que ahora podía dar cabida a su cuerpo gigantesco, gravitando sin cesar sobre el insomnio de la noche. Su vecindad terminó por absorber toda la capacidad de percepción de mis sentidos, y, minuto a minuto, asistía desde mi lecho al proceso incontenible de su crecimiento. Pero el asunto no se limitaba a padecer su horrenda proximidad, sino que comenzó a proyectarse trágicamente sobre mi economía. Yo sé que desde hace tiempo he dejado de pensar con lucidez. Que en previsión a su voracidad, también creciente, he cometido la estupidez de adquirir compromisos que no habré de cumplir, porque mi sueldo y mis ahorros no lo permitirán. Diariamente me veo obligado a comprar enormes cantidades de carne para alimentar al monstruo, y es fácil suponer el gasto que eso representa. El anzuelo y la cuerda que provocaron esta situación grotesca, hace tiempo desaparecieron en su vientre insaciable. Cierta vez, cuando apenas medía una yarda, traté de arrojarlo al mar. Debes recordar que mi casa está situada a un centenar de metros de la playa. Pues bien. Animado por súbita resolución vacié el agua y me eché al hombro el recipiente. Sus

coletazos vigorosos me hacían tambalear, mas, pese a mi constitución frágil, logré avanzar con mi cargamento hasta la mitad del trayecto. En esos momentos un grupo de noctámbulos se acercaba. Acobardado, regresé a la casa por temor a la curiosidad de esas gentes, viejos conocidos que siempre han manifestado hacia mi persona la mejor disposición y simpatía. Ese es el fundamento de mi problema, Raimundo. Poder encontrar una explicación satisfactoria a la presencia, en mi casa, de tan extraordinario animal. Casi sin aliento, busqué un balde de agua de mar y devolví al pez la libertad de sus movimientos. Aunque parezca extraño, el prolongado tiempo en que permaneció fuera de su elemento natural, no pareció afectarlo en nada.

Bueno, hace dos días que el maldito ha dejado de comer. La carne se amontona en la bañera, sin que manifieste el menor interés por lo que desde hace dos meses constituye su alimento habitual. Anoche desperté sobresaltado con la sensación desagradable de que alguien me estaba mirando. Tú sabes que mi alcoba está situada al lado del cuarto de baño, y que, desde mi lecho, puede distinguirse casi la mitad de la bañera. Procurando hacer el menor ruido posible, manipulé el conmutador de la luz y lo sorprendí en actitud aterradora. Descansando en el borde blanco de la bañera, me miraba con su boca entreabierta. Lentamente resbaló hacia el fondo, ocultándose a mi vista.

Desde anoche, pues, tengo la clave de la presencia del monstruo. El final se acerca. Estoy demasiado agotado para seguir luchando, a pesar de que me duele en lo hondo este

epílogo humillante, esta muerte sin posibles antecedentes en la historia de la humanidad. Pero sé que tiene que ser así; que habré de perecer víctima de su voracidad; que yo nací bajo el signo de una maldición. Tal vez el monstruo, una vez consumada su misión repugnante, abandone una noche mi bañera, resbale por las calles solitarias y regrese a la profundidad del océano.

Esta tarde, después de vencer las reticencias del boticario, me he procurado una dosis masiva de estricnina. Antes de someterme al imperativo de esta fatalidad, impregnaré minuciosamente mi cuerpo del veneno mortal, y, después de ingerir la mayor cantidad posible, dejaré que el animal se cebe con mi cuerpo. Hay demasiado maestro, demasiado inocente pescador en el mundo, y estas cosas horrendas no deben repetirse.

Adiós, querido amigo.

(fdo.) ARISTOBULO CORREA.

* * *

Hasta aquí, señor Director, la carta de él. Unos días después de recibida, tuve necesidad de efectuar un viaje a Bocas del Toro. Ya podrá imaginar el interés que desplegué, tan pronto estuve en el teatro de los acontecimientos, por penetrar en el misterio. Pero no fue sino más tarde, cuando ya había decidido mi regreso a la capital que descubrí de manera casual, en conversación sostenida con uno de los fun-

cionarios judiciales que intervinieron en la investigación, el indicio revelador. Después de pensar en todo aquello, he llegado a la conclusión de que pasó inadvertido en la actuación judicial, e incluso para su corresponsal, en razón de la afición de Aristóbulo Correa por la pesca, conocida de todos. Pero el funcionario a que aludo aseguró que, debajo del cadáver del infortunado maestro, fue encontrado el pequeño esqueleto de un pez.

Creo haber cumplido con la tarea sagrada de vindicar la memoria de Aristóbulo Correa. El hallazgo del esqueleto, desvirtúa por completo los rumores perversos que circularon a raíz de su muerte, así como la probable existencia de un peligro enorme, entrañado en las particularidades de Bocas del Toro, bello rincón nacional que usted debiera conocer. Es fácil imaginarlo todo. En el fondo de esta tragedia hubo, nada más, una afición desmedida por la pesca y un pez diferente.

Para terminar, apelo a su honradez profesional, a fin de que instruya a sus redactores en el sentido de que esta aclaración obligante y necesaria, goce de la prominencia que amparó las publicaciones relacionadas con la muerte de este distinguido ciudadano.

No estimo oportuno fundamentar la solicitud con cita de las disposiciones legales pertinentes, relativas a la responsabilidad de la prensa por razón de la emisión de juicios temerarios, encaminados a lesionar la reputación de los asociados. Por encima de toda consideración, es este un caso de

conciencia. La conducta de los hombres está condicionada a menudo por contingencias ineluctables, a cuyo imperio parece toda voluntad o razonamiento. Por eso conviene evitar enjuiciamientos prematuros, a fin de no incurrir en injusticias que después se lamentan. Además de que eso es fundamentalmente decente, guarda relación con el más elemental instinto de conservación, porque, señor Director, nadie está exento de caer en situaciones desagradables. En este mundo ocurren cosas muy extrañas. Cualquier día, dentro de un mes o de treinta años, usted, yo, o cualquier hijo de Dios, puede sacar del mar un pez que no se parece a los otros.

Del señor Director, con toda consideración,

RAIMUNDO LULIO.

SAN – SAN

Todo parece distinto. El silencio crece desde el agua salobre de la laguna y el apacible viento de San San golpea ahora con furia la vegetación transida de los esteros. No queda, para su inmensa soledad, siquiera el fulgor de la luna o la claridad de las estrellas. El canto de los capachos se cierne sobre el rumor de la marejada y el bostezo tenebroso de los caimanes.

Pero, adentro, en el pensamiento, es peor. Las cosas más simples, los pequeños, terribles acontecimientos de la noche transitan por atajos desconocidos, obedientes al conjuro del miedo. Hace poco dejó de llover. El mar, no muy lejos, levanta, más allá de los mangles, sobre los cocoteros envueltos en la niebla, una perspectiva de relámpagos y de truenos apagados.

Imposible reconocer en esa oscuridad total el paisaje familiar de la laguna. Cierto es que el marido está agazapado a muy poca distancia, entre la hierba mojada, recostado sobre otra canoa, esforzándose en descifrar el enigma de los canales. Pero ya la espera se ha prolongado por más de cuatro largas horas. Una red, atada cerca de la proa de su bote, intercepta un paso obligado. Al otro extremo, Juan escucha y esgrime el temible arpón de caña-jira. En alguno de los raiceros de la laguna, a no mucha profundidad, un manatí nada en el silencio negro de las aguas, acercándose lentamente hacia la trampa.

Parece mentira que la faena nocturna de los pescadores tenga consecuencias tan difíciles de concebir. Salen los hombres hacia la noche y las mujeres se quedan en los ranchos, ocupadas en los tediosos quehaceres domésticos. Todo es sencillo en apariencia. Luego regresan con las canoas cargadas con el producto de la pesca, y el mar, la lluvia, el viento, la marea, el vagido lastimero del caimán, son cosas remotas, alejadas por completo del simple universo cotidiano de las hembras. Pero basta con aproximarse un poco a la noche para descubrir, con asombro, que hay una velada amenaza, que sobre las aguas aparentemente tranquilas de la laguna pesa la presencia inexorable de la muerte; y entonces un sentimiento de profunda inquietud reemplaza a la serena contemplación del mundo exterior. No puede haber reposo ante esa confrontación, cuando se está cerca de la muerte o el miedo, cuando las tinieblas ponen en evidencia toda la debilidad de la mujer.

Hay momentos en que el pensamiento se aparta de toda secuencia lógica. La humedad del pantano deja su huella viscosa sobre la piel de la cara; la hierba de la isleta, agobiada por el rocío de la madrugada, cubre el bote encallado. Condenada a un mutismo expectante, la mujer siente que la soledad está llena de recuerdos y temores. A duras penas reprime el deseo de gemir por el grito incansable de los animales nocturnos, por el ancho remolino de la neblina, por la injusta responsabilidad que ahora agobia sus hombros.

En tanto, la imaginación hace crecer sin medida relatos

antiguos acerca de esa poderosa, tremenda bestia. Una vez su padre, cuando era muy niña, , llevó a la casa una extraña criatura. La madre fue muerta después de enconada lucha en la que perdió la vida uno de los pescadores. Contaron todos que el manatí, con el hijo escudado amorosamente por las aletas maternas, atacó entre torbellinos de espuma a los botes. Su cola, gruesa como un tronco de la montaña, partió en dos una canoa y destrozó materialmente a uno de los hombres. Sólo unos días sobrevivió la bestezuela a la madre. Pero aún recuerda su cuerpo rechoncho, sus ojos inmensos, casi humanos. Después supo de dos o tres capturas ocasionales. Su carne, limpia y jugosa como la de una res, era manjar apreciadísimo entre la gente de San-San. De ahí que su caza representara, además de una hazaña digna del mayor aprecio, dinero equivalente al producto de un año de dura faena de pesca, ya que el animal, cuando ha llegado a la plenitud de su desarrollo, alcanza un peso hasta de mil libras.

Habituado a la noche, Juan permanece tranquilo en su bote. Ella en cambio , sin capacidad para discriminar los más leves rumores, tiembla ante las ráfagas del viento o el coleteo de los sábalos. El calor de la lámpara de carburo oprime las sienas como un anillo de hierro. De pronto, sobre el dorso de la mano izquierda, sintió un aguijón de fuego. Estremecida por un terrible presentimiento, retiró la mano. Una sensación quemante se extendió con rapidez acompañada de intenso dolor. Esforzándose en no delatar su presencia, se quitó la lámpara de la frente. Un rendija de luz se

escapaba del cabezote. Nítidas, evidentes, dos pequeñas heridas comienzan a expulsar un fluido amarillento.

Instintivamente se llevó las heridas a la boca y succionó con desesperación. La ola de calor subió al antebrazo, empujada por el torrente inexorable de las venas. Un sabor acre se apoderó de la cavidad bucal. Levantando los ojos, contempló el cielo cerrado por los nubarrones. Ni una estrella precursora, ni un resquicio de luz que anunciara la proximidad de la aurora. Ha quedado confinada al extremo último de la noche.

Todo, todo conduce a una conclusión desgarradora: ¡Ha sido mordida por una víbora del pantano! Su experiencia de mujer campesina confirma los síntomas, uno a uno. Primero la hinchazón extendiéndose con increíble rapidez; luego la lengua, entumecida por el veneno, se transforma en un torpe objeto sin voluntad. Sabe también que sería inútil llamar al marido. Doce millas de interminables canales, cubiertos por la trenzada malla de los lirios, separan al poblado de ese sitio remoto. Antes de que pueda recibir atención, sucumbirá a los efectos de la mordida.

Aun cuando desde el fondo de su ser se levanta, avasallador, un impulso de ciega protesta, prefiere permanecer callada. En realidad, no tiene el derecho de truncar las legítimas esperanzas de Juan. Porque descubrir la guarida de un manatí es acontecimiento rarísimo en la vida de un hombre. Así lo piensa la gente de la costa y de la laguna, y ese hecho maravilloso sólo puede interpretarse como un regalo de la

bucna suerte. Es como si Dios, condolido por la pobreza de un pescador, sonriera un instante desde su trono de nubes.

Además hay cosas que pesan como una carga de plomo sobre la conciencia de las personas. Nadie diría, al verla en tan serio predicamento, que entre ella y Juan se abrió un paréntesis inquietante, aún no cerrado. Es posible que varias circunstancias, reunidas, la obligaran a acompañar al marido esta noche. Abandonaron el poblado valiéndose de mil subterfugios, tripulando dos canoas, con temor de que los otros pescadores adivinaran la rica captura en perspectiva. Pero más que cualquiera otra causa, presionó sobre ella un sentimiento de honda culpabilidad.

Desde el comienzo de la jornada se sintió presa de la duda y el temor. El viaje, iniciado dentro del mayor secreto, la llevó a la íntima convicción de que su marido esa noche se cobraría la ofensa. En vano trató de leer en el rostro la dirección de sus pensamientos.

Rostro de guayacán para todas las emociones, desde la que nace como resultado de la más elemental de las aventuras de la vida diaria, hasta la que está condicionada al acontecimiento extremo que obliga a las más violentas soluciones. Inexcrutable, remoto como la brumosa serranía del Talamanca de donde se decía oriundo. A pesar de que se unieron desde hacía más de diez años, nunca pudo lograr de él la proximidad que su condición de mujer solicitaba de manera vaga pero apremiante. Para su ademán de ternura,

sólo tenía la caricia seca y ardorosa, el abrazo escueto, precursor del calambre exacerbado del sexo.

Pero era imposible pensar en dejarlo. Estaba ligada a él por una fuerza de atracción confusa, mezcla de fervor y de respeto. Día y noche, sobre las últimas fibras de su ser, gravitaba la huraña entereza del marido, trasunto de la más pura virilidad. Y llegaba a una conclusión perturbadora: en ese propósito rabioso de abandonarlo se escondía, todo lo más, el deseo de vengarse por la incalificable actitud del marido.

Después, por razones sin clara justificación, se rindió al requerimiento de un hombre deparado por el azar sin que la vergonzosa entrega brindara la anhelada compensación. Y lo peor, Juan se enteró.

Eso ocurrió poco tiempo atrás, pero el grave problema aún no había sido resuelto de manera definitiva. Apenas un reproche superficial, expresado con una serenidad que le heló las venas de pavor. Continuaron la vida en común como si tal cosa. Sin embargo, ella sabía que en el interior del hombre alentaba, hora a hora, día a día, una tempestad de violencia.

Un resoplido, poderoso como el de un buey, la sacudió por entero, haciéndola olvidar el dolor que ahora la mordía hasta el hombro. Se enjugó con el húmedo vestido los ojos arrasados en llanto. Juan lanzó un silbido apenas perceptible. El manatí se acercaba a la red. El brazo izquierdo,

increíblemente hinchado, se resistía a los menores movimientos. Apretó entre sus piernas la escopeta cargada con perdigones de caza mayor. Súbitamente, se templó la red. Un chorro de cegadora luz desgarró las sombras. Se escuchó la voz alterada de Juan:

— ¡Luz! ¡Luz!

La mujer se incorporó aterrada. Dio agua al tanque y destapó el cabezote. La hierba, impregnada por el rocío, brillaba intensamente. Buscó en el agua cenagosa del canal. Un cuerpo gigantesco se debatía vigorosamente. Juan llamó:

— Carmen. . .

Con un esfuerzo supremo, la mujer empuñó la escopeta. Esperó con los músculos tensos. La vara del arpón cruzó el haz luminoso como un rayo y se hundió en el agua negra. Se desató un infierno de troncos partidos, de montañas de agua, de hojarasca podrida y lodo. Juan gritaba enloquecido por la ansiedad:

— ¡Dispara, Dispara. . .!

La mujer apretó el gatillo y un cuerpo oscuro, que sobrepasaba en tamaño a todas sus previsiones, saltó en el aire. Entonces lo vio claramente, en toda su inmensidad, en todo su espantoso poder. Urgida por los gritos coléricos del marido, volvió a cargar la escopeta. Disparó sobreponiénd-

dose al dolor irresistible que le atenazaba el brazo. Juan prodigaba gritos e insultos. Disparó con saña hasta que las aguas del canal se aquietaron definitivamente. Vencida, se abatió en el plan de la canoa. Destapó la tula del agua y bebió con avidez. En el cielo parecía extenderse un débil reflejo rosado. Un vómito sin esfuerzo ascendió desde las entrañas. El cielo se nubló, se apagó el horizonte. Adentro, en la sangre, el veneno de la víbora ha llegado a la etapa final. Sin miedo, la mujer se sumerge en un sueño negro.

Un golpe de agua sobre su rostro le hace recobrar el conocimiento. Juan la contempla con inquieta atención. Conserva aún encendida la lámpara de carburo, a pesar de que el sol alumbra ya una gran porción del cielo y el lucero del alba, que ella distingue con toda claridad, se encuentra casi al término de su recorrido. La luz hierde los ojos enrojecidos por el llanto y el insomnio. Pregunta él:

—Carmen, ¿qué pasó? Casi se va el animal.

Entonces ella, con conmovedora sencillez, enseñó el brazo monstruoso. La hinchazón se ha propagado hasta el pecho. El hombre, apesadumbrado, le acaricia la frente enfebrecida.

—¿Te mordió una culebra?

La mujer asiente débilmente. El marido examina la mano. La piel, amoratada, repugnante, ha adquirido una

sensibilidad que hace insoportable el más leve contacto. Profundas arrugas le cierran el entrecejo. Lentamente se libera del peso de la lámpara. Ya es casi de día. De pronto la cara se le ilumina con una expresión de gozo indecible:

— ¡Carmen, mira, no fue una víbora! ¡Fue una araña!

Apoyándose en los brazos de Juan, logró sentarse en el plan de la canoa. Efectivamente, en el borde, cerca de la popa, una peluda tarántula, erguida sobre las patas torpes, se mecía amenazadoramente. El hombre la aplastó con el canaleta. El terror y la neblina se han disipado con la noche. Juan sonríe y enjuga con delicadeza el llanto de la mujer.

Fue tarea ímproba embarcar al manatí en la más grande de las canoas. Para ello, tuvieron que hundirla en el canal, bajo su cuerpo grande como un árbol derribado. Con las totumas sacaron pacientemente el agua, hasta lograr ponerla a flote. El ensangrentado animal superaba con ventaja el largo de la embarcación.

Juan, con la otra canoa a remolque, comienza a remar hacia el poblado. Carmen duerme profundamente con la cabeza apoyada en su regazo. El grito quebrado del martín pescador corre sobre la superficie tranquila del agua y, desde los manglares se levanta el vuelo blanco de las garzas.

Los botes avanzan despaciosamente. Un hombre, una mujer, un manatí. Por todos lados (hasta el horizonte, hasta

los peñascos retumbantes de la costa), la ancha, misteriosa
laguna de SAN-SAN.

1950.

L A L U

Una isla como una brasa
me arde en la garganta.
TRISTAN SOLARTE

Conservo un débil pero grato recuerdo de Lalú. Apenas la imagen de una embarcación grotesca, el sonido de un caracol sobre la bahía tranquila, el eco emocionado de los muelles y los tambos. Aquel sonido indescriptible, cargado de misteriosas resonancias, se mantiene erguido sobre la bruma de los años, posee el extraño poder de devolverme a un antiguo y perturbador sentimiento de nostalgia.

Es posible que mi condición de nativo me lleve a magnificar la importancia de los viejos personajes del archipiélago, cuyas historias hoy día no resisten el impacto de una realidad menguada, refractaria a las expansiones del espíritu y la imaginación. Duele pensar que el isleño ha perdido para siempre su innata capacidad de asombro ante la proximidad del misterio; que las puras fuentes de la leyenda y la fantasía se han secado, agotadas por el drama cotidiano de las islas.

La historia de Lalú, el mudo, tiene la virtud de conmoverme hondamente. No exagero al afirmar que este legendario personaje alcanzó altas cimas de perfección espiritual, que su incansable peregrinaje por las tersas enseñadas, por

los manglares preñados de murmullos, lo condujo a formas insospechables y trascendentes del conocimiento, al extremo de que llegó a moldearse una segunda naturaleza, cuyas oscuras posibilidades escaparon a la comprensión y, por qué no decirlo, a la simpatía de los isleños, circunstancia que corrientemente se traducía en actitud de recelo respetuoso ante su proximidad, aun cuando en la conciencia de la gente arraigaba la certidumbre de una bondad esencial, proyectada a manera de hálito tranquilizador en torno a su noble apostura de anciano pescador.

Casi todos los pormenores de su extraña vida se han perdido. Sólo queda el recuerdo de una aventura emocionante y ejemplar, en la que Lalú desempeñó principalísimo papel. La leyenda se ha transmitido entre los isleños de generación en generación. La conozco por esa razón. Soy del archipiélago embrujado, y mi padre nació hacia los lados de Bocas del Drago, muy cerca del toro arrodillado. Un sentimiento de lealtad para con un tiempo mejor, ido para siempre, me obliga a revivir la hazaña memorable. La cuento tal cual me fuera revelada por mi padre:

* * *

En una de las salientes de la isla del Pastor, hacia la sección más meridional, nació Lalú. Nada, en realidad, puede decirse de su primera infancia. Probablemente ésta transcurrió de manera apacible, en contacto con normas de vida sumamente elementales, en las que la perspectiva abierta del mar gravitaba sobre todas las circunstancias coti-

dianas. Quizás, a veces, cuando soplaba el viento del oeste, arribaba el rumor impresionante de las selvas de tierra firme, separadas apenas por un canalón de aguas verdosas, profundo como un abismo aterrador. Empero, la estimulante proximidad de la selva continental no pareció ejercer influencia en Lalú. Sólo el mar —omnipresente, determinante— pareció atraerlo con una fuerza oscura, irresistible, en la medida en que su cuerpo de isleño se fortaleció frente al sol y el viento siniestro de los manglares. Ante la imposibilidad de poder asociarse naturalmente con los otros muchachos, ya que sus pobres labios eran incapaces de modular palabra alguna, se sintió confinado hasta las más remotas zonas de la soledad. Poco a poco, por un proceso notable de autosuperación, comenzó a tejerse todo un mundo interno de sensaciones y pensamientos, en cuya trama nebulosa había respuesta para las graves preguntas que a cada instante acudían desde el exterior en demanda de explicación.

Dicen que su llanto conmovía aun a los adultos más endurecidos. Cuando alguna contrariedad física o moral destruía su habitual entereza, entonces lloraba silenciosamente, estremecido por sollozos desgarradores, que, sin embargo, no producían el menor sonido. Aquel llanto evocaba en los sencillos isleños la visión de un animal desnudo e indefenso, hundido profundamente en la arena, aplastado por un silencio abismal e implacable.

Fue así como se forjaron los antecedentes de la leyenda de Lalú, el solitario. En cualquier sitio, aun en los más inverosímiles y peligrosos, saltaba con gracia insuperable del

bote y buceaba en el canalón. Desde las viviendas enclavadas en lo más alto del acantilado, los viejos no podían ocultarse desagradados por la actitud del muchacho. A veces la gente se sobresaltaba al mirarlo pasar casi desnudo, nadando a gran velocidad debajo de los muelles, como si el fondo del mar constituyera su natural elemento. La negra cabeza emergía a una distancia increíble, y desde allí sonreía a los asombrados habitantes del poblado. A la hora del crepúsculo regresaba a la pobre vivienda de sus padres. En los ojos límpidos, hondísimos, ardía un fulgor extasiado.

Pasaron los años, y Lalú, personero de una mística inédita que se nutría de los misterios del mar, rompió todo contacto con el poblado natal. Ahora la bahía entera era propicia al peregrinaje inexplicable. Habitaba en todas partes y en ninguna. Gradualmente transformó su embarcación en estrafalaria guarida. Hacia la sección de proa levantó un cobertizo de tablas, cubierto por un techo de pencas trenzadas. Tocaba un enorme caracol al aproximarse a los poblados. El sonido repercutía como un alarido brotado de las mismas entrañas del mar. En las altas horas de la noche se escuchaba su bronca resonancia. Dicen que los viejos despertaban aterrados, y poníanse a hablar de cosas anti-quísimas y de seres gelatinosos, sin nombre, que moraban en los abismos submarinos.

Cuentan que una vez apareció un monstruoso escualo que sembró el terror y la consternación entre los isleños pescadores. Animado de una ferocidad nunca vista, comenzó por atacar los viveros de las tortugas. Las sólidas empali-

zadas cedían al empuje de sus mandíbulas de pesadilla, y dicen que partía, como si fuera de papel, la poderosa concha de los animales cautivos. La faena de la pesca prácticamente se imposibilitó. No había bote capaz de resistir el remolino de su cola pavorosa, y era frecuente que los cayucos zozobrarán en la mansa bahía sin que quedara el menor rastro de sus infortunados tripulantes. Día a día aumentaban su ferocidad y el número de sus víctimas, al extremo de que nadie se aventuraba a trasladarse de un sitio a otro, a menos que pudiera hacerlo en una embarcación de gran calado. Un hondo malestar se posesionó de los poblados y la gente no cesaba de lamentarse de aquel azote de Dios, que amenazaba seriamente la principal fuente de riqueza del archipiélago: la captura y beneficio de las grandes tortugas de carey.

Pasaron muchos meses de agonía, pero el gigantesco animal no daba señales de abandonar esas aguas. En vano se ensayaron toda clase de subterfugios, los cuales fracasaron por el hecho de que el ataque tenía forzosamente que organizarse desde la costa y no desde los frágiles cayucos. Su lomo desafiante, manchado como la piel de un tigre, exhibía toda una colección de arpones, mudos trofeos de sus incontables victorias.

Lalú fue el único que no pareció exteriorizar intranquilidad ante la presencia del tremendo escualo. Como siempre, cruzaba los mil caminos de la noche y del mar, aferrado a sus grandes remos de pescador. La gente trató de hacerle comprender el grave peligro; pero Lalú se limitaba a sonreír,

y partía de nuevo. Entonces otras conjeturas se tejieron en torno a su figura y no faltó quien pretendiera relacionar la aparición del monstruo con su extraño alejamiento de los hombres. Acaso su devoción por el mar lo llevó a formas imprevisibles del conocimiento, al extremo de que le fuera posible caminar más allá de los umbrales del misterio. Acaso una curiosidad malsana lo impulsara a invocar los poderes de la profundidad del abismo. Si así ocurrió, el precio era demasiado doloroso para sus semejantes, porque el infierno respondió al llamado de Lalú y vomitó a la muerte en la relampagueante estela de un tiburón implacable.

Un día arribó al poblado de la isla del Pastor a la hora del crepúsculo. Ahora su llegada no despertaba los acostumbrados comentarios. La habitual languidez del negro isleño, que en sí es una respuesta al centelleo hipnótico del mar y la distancia, se canalizaba por los derroteros del miedo. Lalú, insensible a la evidente hostilidad de la gente, se dirigió a casa de Joseph Baker, el viejo constructor de botes, única persona a quien profesaba verdadero afecto. Desde la muerte de sus padres, ocurrida muchos años atrás, en el viejo Baker siempre sintió un respaldo sereno, una corriente conmovedora de simpatía, que ya entonces constituía el último y precario eslabón entre los hombres y su irreductible soledad. Es posible que estos dos hombres tan disímiles se sintieran unidos por el mutuo amor a las cosas del mar, sentimiento que en cada uno de ellos tenía manifestaciones diferentes. De noche prendían sus pipas de yeso y permanecían largas horas contemplando el espectáculo de las estrellas. A veces el viejo Baker conversaba. A veces guardaban

silencio, atentos a la bronca voz de la barra de Bocas del Drago, en cuya entrada una mole inmensa de roca, empotrada frente al Atlántico, brama como un toro arrodillado, de cara a la furia eternamente renovada de las olas.

Llegó ese día con su acostumbrada carga de raicilla, con la cual el viejo Baker atendía a sus necesidades, ya que sus manos estaban demasiado debilitadas para el trabajo. Este lo recibió con su afectuosa sonrisa de siempre y nada dijo de las habladurías que tejía la maledicencia de los isleños. Después de la cena, prendieron las pipas frente a la pobre cabaña. El viejo se aferraba a un mutismo cargado de presagios.

A eso de las nueve de la noche un crujido poderoso turbó la paz del poblado. Acercándose al borde del acantilado, contemplaron la playa iluminada por la luna. Un vivero de tortugas cedía a la acometida del tiburón. Por los trillos abruptos del alto acantilado se escucharon voces de alarma. La gente corrió hacia la costa. Al descender Lalú y el viejo Baker, un silencio hostil los recibió. Lalú penetró en la destrozada empalizada, y examinó con atención los postes de mangle quebrados. Luego buceó y remolcó trabajosamente una tortuga de carey partida en dos. Los pescadores, furiosos, se le acercaron y un negro gigantesco golpeó al mudo en la cara. Más le hubiera valido no haberlo hecho. Moviéndose como un gato salvaje, se lanzó contra el hombre y lo derribó de un tremendo puñetazo. Acobardado, el agresor se restañó la sangre de una fea herida en la mejilla. Un coro impresionado rodeó a Lalú y al viejo

Baker. Esforzándose en calmar los ánimos, el anciano tomó a Lalú por un brazo y, llevándolo a un lado, le hizo conocer la sospecha imbecil de esa gente. Animado de súbita resolución, el mudo se dirigió a su pintoresca canoa, varada en la arena blanca de la playa. Sin mirar el grupo apretujado de los pescadores, se alejó hacia la noche.

Entonces el viejo Baker habló a la gente del poblado, y les hizo conocer una promesa de Lalú, fomulada en el instante de partir. La noche siguiente, diez o doce hombres resueltos le acompañarían a acabar con el monstruo. Con el objeto de disipar el natural temor de los pescadores, se utilizaría la balandra “María”, la cual navegaría hasta un punto determinado. Una vez allí, Lalú prometía la captura del tiburón.

Fiel a lo prometido, Lalú llegó con las últimas luces del día y arrió su canoa a la popa de la balandra. Los negros, esperanzados, los vieron partir ya de noche, con rumbo desconocido. Las altas velas de la “María” impulsaban graciosamente el esbelto casco de la embarcación. Pronto rebasaron la última saliente y se perdieron de vista.

En el mar, la noche, abierta como una cúpula gris, abismal, ofrece a los pescadores su generosa hondura, tibia y familiar como la espalda desnuda de una mujer. Los pescadores caminan desprevenidos bajo su serena grandeza, y en cada estrella que cae en el vacío, en el murmullo de las lentas olas de la bahía, en los remolinos que cosen la fatiga fosforecente de los canaletes, está la interpretación del

mundo, la revelación de un destino sencillo, colmado de humildes compensaciones. Es bella y amiga la noche en el mar. Sólo que ahora el corazón late con ritmo desacostumbrado y el toro de Bocas del Drago, hundido hasta las rodillas, brama con la voz de cien truenos.

Los hombres iban silenciosos en la balandra, torturados por el gemido de las poleas y las jarcias. Cuando fondearon en el rocoso islote, la luna desapareció bajo densos nubarrones y el viento corrió a contrapelo, erizando las aguas negras. Una caverna submarina dejó oír su siniestro parloteo.

Uno a uno los hombres desembarcaron en el inhóspito morro, nunca visitado por razón de los peligrosos escollos que por todos lados afloraban como un cerco de afilados puñales. Lalú guió con mano maestra la balandra hasta conducirla muy cerca de la playa. Seguido por los otros pescadores, se dirigió al otro extremo del islote. Efectivamente, una cueva abría su negra boca. Un pasaje submarino conducía desde allí hasta el centro de la isla, en donde una minúscula laguna, rodeada de rocas y viejos nidos de aves marinas, mostraba sus aguas dormidas. Entonces Lalú, gesticulando con gran habilidad, explicó el escalofriante plan. Los pescadores se apresuraron a recoger toda clase de pedruscos, que acumularon a la entrada del túnel submarino. Lalú descendió a la playa con su ronco caracol. La luna regresó, las ráfagas del viento se apagaron. El mudo, despojado de sus andrajos, contempló la bruñida superficie de la bahía. De cuando en cuando tocaba el caracol. El eco

bajaba hasta la caverna y despertaba una serie de ruidos inexplicables. Los hombres, aterrados, creían percibir en la extraña combinación de sonidos un llamado de pesadilla, una frase imperiosa y retumbante que viajaba hacia el mar. De pronto, todos enmudecieron. A lo lejos se distinguía la monstruosa aleta de la fiera acercándose velozmente. Lalú recogió una afilada concha, y con ella se dio un tajo profundo en el antebrazo. Cuando la sangre manó a borbotones, introdujo el brazo en el mar y caminó hacia la oscura abertura. El tiburón pareció enloquecer de impaciencia. Lalú, tranquilo, nadaba dejando tras sí una estela sangrienta. Cuando ya el animal se encontraba a unas cinco brazas, Lalú se zambulló rápidamente y penetró en la misteriosa hendidura. Como un rayo, el tiburón siguió el rastro de sangre.

Los hombres, estupefactos, contemplaban estúpidamente la entrada de la caverna. De súbito, Lalú emergió de una grieta. Era evidente que ni el islote ni la caverna tenían secretos para él. Resuelto, empujó un grueso peñasco y lo hizo rodar hasta que se hundió justo a la entrada de la cueva. Estimulados por el ejemplo, los pescadores se enfrascaron en la tarea de bloquear la entrada del pasaje submarino, lo cual lograron en breve tiempo. Alguien lanzó un grito de gozo. ¡El monstruo estaba vencido!

Lalú se dirigió a su embarcación, y del cobertizo sacó una gran cantidad de **barbasco**, el venenoso bejuco que utilizan los indios de tierra firme para emponzoñar las aguas y matar los peces. Asistido por los otros pescadores, en los

cuencos de las rocas prepararon el tóxico nauseabundo, que después arrojaron a la muerta laguna. Los isleños se fueron a dormir en la cubierta de la balandra. Sólo Lalú montó guardia toda la noche.

Con el alba, los hombres desembarcaron y fue inútil que buscaran a Lalú y su canoa. En la laguna, cerca de la orilla, la bestia yacía inmóvil, con el plateado vientre hacia arriba. Tenía la nuca partida por un tremendo machetazo.

1950.

INDICE

Nada	5
El Monteador	8
Cuso	14
El Llanto de la Víbora	23
La Muerte de Nicanor	31
Ino	38
Embrujo de Navidad	52
Una Aclaración Necesaria	71
San San	86
Lalu	96



*Este Libro se terminó de
imprimir en los talleres
de la Imprenta de la
Universidad de Pa-
namá en el mes de
Septiembre de
1973*

